

¡Como lagartija!

Alejandra González Martínez

EL SUÉTER LARGO Y VIEJO

Para algunas de nosotras, la vida es un constante librar batallas hasta que nos enfrentamos a la verdadera revolución que llega de manera inesperada, como un maremoto que lo inunda todo, arrastrando a su paso los escasos tesoros que guardamos...

2 de abril de 1985

Siento estas mariposas en el estómago cada vez que miro a Benito; es la primera vez que alguien me gusta tanto. Cuando se acerca a mí, mis manos sudan y mi voz tiembla. ¡Ojalá me pida que seamos novios!

Me pregunto qué se sentirá dar un beso a un hombre. Me siento tan rara, como si flotara entre nubes de azúcar. ¡Y yo que llegué a pensar que me gustaban las mujeres o que era un raro ente asexual!

12 de abril de 1985

Estoy estudiando el segundo semestre de bachillerato en una escuela del centro de la ciudad. Beni y yo estamos en el mismo salón; él es un chico raro, entre hippie y rockero; su pelo castaño cae debajo de sus hombros, usa pantalones embarrados a su cuerpo y tenis de lona color vino, es muy alto, y yo muy bajita. Al menos somos amigos, y cada que nos vemos hablamos como pericos. Él critica mis gustos musicales y yo descubro la música de los años sesenta.

—¡La mejor época! —dice cada vez que tiene oportunidad—. Y no puedo creer que tú oigas a Luis Miguel y a José José. ¡Eso es para niñas fresas!

—También me gusta Michael Jackson y Culture Club —le digo un poco molesta.

—No te enojas, chaparrita, es broma. Pero, en serio, existe otro tipo de música además de tus artistas cursis. Como los Doors, por ejemplo. O los Who, o Janis Joplin —dice con sarcasmo.

—No, Beni, no nada más eran artistas, algunos de ellos se drogaban.

—Pero eso no les quitaba el talento. Se tenían que parar ante un escenario y demostrar que sabían hacer lo suyo. ¿Te acuerdas del festival de Woodstock? Nadie cobró un solo centavo. En cambio, ahora cobran por adelantado el play back chafa que nos escupen a la cara.

16 de abril de 1985

Llego a casa a las tres de la tarde. Al entrar en la habitación de mis padres, un joven alto, rubio y delgado está sentado en una de las dos camas matrimoniales; mi madre, en la otra.

El joven y ella hablan. Él dice que es médico y que nos proporcionará el seguro médico en forma gratuita. Él me extiende su mano suave y blanca como la parafina; ambos tenemos el mismo nombre.

Una de mis hermanas lleva varios días vomitando. El médico particular dijo que era necesario internarla. Tal vez tengan que operarla de la vesícula.

Es mi madre la que me envía con el joven a mi habitación. Mi padre se queda afuera, esperando en el patio, sentado en un banco.

El joven, con un ademán, me invita a entrar y cierra la puerta tras de sí. Entonces empiezan las clásicas preguntas de médico que abre un expediente. Un rato después, aquéllas giran acerca de mi

sexualidad. Mis labios se detienen un instante cuando el joven pregunta cosas muy íntimas.

“¡Claro que me masturbaba! Desde que me abandonó mi abuela”, pienso mientras guardo silencio al sentir mis mejillas calientes.

El joven insiste. Mis ojos lo miran suspicaces. Entonces él, para calmar mis dudas, me dice:

—No pasa nada, tocaya, todo esto es por tu salud. Últimamente se han detectado muchos casos de cáncer en jovencitas como tú, sobre todo si son vírgenes. Porque tú eres virgen, ¿o me equivoco?

—Sí, ni siquiera he tenido novio.

—¡Perfecto! —dice el joven para sí.

Andrés extrae de su maleta un cuaderno y me explica, con términos médicos, que a veces las adolescentes tenemos alguna malformación que nos predispone a sufrir de algunas enfermedades y que es necesario revisarme para detectar alguna anomalía en mis órganos genitales.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Ya casi dieciséis.

—Pues parece de doce o trece; no importa, es mejor así. ¡Bájate el pantalón y también la ropa interior! —me ordena súbitamente.

Me quedo quieta, mirándolo con extrañeza; mis piernas tiemblan, no puedo articular palabra. Mi cabeza va de su figura arrogante a la puerta cerrada.

—Vamos, Andre, no pasa nada, ya hablé con tu padre y él está de acuerdo. Además, en unos días ustedes van a gozar del seguro médico. Sólo es una revisión de rutina —dice el joven.

Escribe en su libreta la dirección de mi escuela que yo le había dicho momentos antes.

Mi razón me alerta del peligro, pero algo muy dentro de mí me dice que es inútil; con mi padre afuera, acechando como bestia.

Quiero gritar, correr... Abrir la puerta...

Entonces llegan como remolino algunos momentos de mi infancia, cuando mi padre entraba con ese olor a pulque y el destello

en su mirada. Aprendí a cubrir mi cuerpo, enroscándolo y tapando mi cabeza con mis manos, antes de que se quitara el cinturón y descargara sobre mi espalda y mis piecitos desnudos toda la furia y el odio que siente por las mujeres, empezando por su madre.

...Y mi cuerpo lacio se recuesta mansamente en la cama y miro con extrañeza la luz que se filtra entre los agujeros del techo de lámina.

“¡No, esto no puede estar pasando!”, apenas mis labios alcanzan a susurrar:

—¿Qué me vas a hacer?

—Voy a revisar tu himen, y también te voy a meter mi miembro —dice él—. Es sólo para cerciorarme de...

El joven baja con cuidado mi pantalón y mi calzón.

—¡Hum, parece que sí eres virgen! ¡Estás tan estrecha!

Siento un dolor punzante en mi bajo vientre, y el oleaje frío que inunda mi cuerpo hace que me falte el aire.

—No, no debo —dice el joven deteniéndose—. Realmente estás superestrecha.

Levanto la cabeza y miro el destello de codicia que brilla en sus ojos.

—Al rato te lavas. No te preocupes, no pasa nada. Yo tengo un carro muy bonito, y algún día de estos voy a ir a tu escuela por ti. ¿No te gustaría dar un paseo? Y, quién sabe, tal vez algún día ya no tendrás que vivir en esta miseria.

El joven se ha marchado...

Camino como en sueños por el patio de la casa; quisiera llorar, gritar. Arrancar de tajo esta mancha que siento en el cuerpo.

21 de abril de 1985

Hoy es mi cumpleaños. Nadie se acordó; no me importa. Sólo tengo un deseo que me obsesiona desde hace varios días. Por fin

me decido y extraigo de la caja de herramientas de mi padre un cúter; lo guardo bajo el colchón de mi cama.

Fue a mi hermana a la que se le descubrió el pastel. La idiota por fin confesó que está embarazada, por lo que no es necesaria la operación.

Desde hace unos días vengo repitiendo un ritual con el que intento convencerme de que no tengo miedo a la noche. Extiendo los brazos como cuando era pequeña, esperando que ese mar oscuro y estrellado me succione y me arroje a los brazos de mi abuelita. Ella era la única persona que me quería, pero desde que no está conmigo tengo que estar con esta familia que no siento mía.

Aún sigo sin comprender cómo es que mi Tita desapareció de mi vida, así nomás. La mañana de hace más o menos once años sentía el corazón latiendo de prisa; ella no me despertó con su beso. Al abrir la puerta de su recámara, mis ojos contemplaron ese cuerpo que yacía en la cama. Sentí un miedo muy extraño, pero no podía comprender lo que estaba pasando. Le susurré que abriera sus ojos, que me abrazara, que se levantara para irnos al parque. Ella seguía quieta y silenciosa, con los ojos cerrados. Al tocar sus manos, antes amorosas, suaves y calientes, las que me cobijaban y me resguardaban de los otros... En ese momento, algo dentro de mí se estremeció al sentirlas frías y rígidas.

Y yo, a mi edad, no pude, no podía saber. Sólo sentí el espasmo gélido que comprimía mi corazón. Me quedé parada junto a ella por mucho rato, hasta que llegaron mis primos y se la llevaron en una carroza.

—¿Puedo ir con mi Tita? —le dije quedamente a mi madre.

—No, deja que tu padre se encargue de todo. Tú estás muy chiquita.

—Yo quiero irme con mi Tita, ándale, ¿sí me dejas?

—No, no seas necia; ya te dije que no...

—Pero, ¿a dónde se la llevan? ¿Puedo ir con ella?

—¡Ya te dije que no! Y vete de aquí, ¿no ves que estoy cansada?

Y se la llevaron a descansar a su pueblo. Desde entonces hay hechos que no comprendo: ¿por qué las personas un día desaparecen así nomás?

Como si a la planta más hermosa de tu jardín —la higuera— la hubieran arrancado de esta tierra que es tuya y mía. Nadie se tomó la molestia de explicarme acerca de la muerte. Desde entonces, conservo una de sus fotografías entre las cajas de cartón donde guardo mi ropa. Algunas noches salgo a contemplar las estrellas y pienso que la más brillante de ellas es mi abuelita Elvia.

¡Me haces tanta falta!

Estoy segura de que si aún estuviera conmigo, ella no hubiera permitido que nadie me lastimara. A veces susurro las pocas frases que recuerdo, a manera de rezos.

Me pregunto si en verdad existe el cielo.

¿Y dios? ¿En dónde estará él?

22 de abril de 1985

Siento mi cuerpo ligero al despertar y mirar la mancha de sangre en las sábanas. Creo que hoy no será necesario repetir el ritual de las noches: se me adelantó la regla.

Pero ¿y ahora qué?

Mi mano derecha extrae el cúter y rasgo furiosamente para arrancar la mancha de la tela del colchón donde sucedió aquello que no acierto a comprender... Siempre he sido una buena hija.

—No vayas con los niños, son malos —decía mi madre.

En la secundaria reprobé varias materias porque no fui a la casa de uno de ellos a realizar algún trabajo en equipo.

—Es por tu bien, yo sé lo que conviene —repetía ella incansablemente.

A veces quería escaparme a alguna fiesta, pero nunca fui capaz. Cuando mi madre llegaba del trabajo, yo miraba el cansancio en sus ojos y decidí portarme bien para no darle un motivo de preocupación.

Alguna vez me comentó que si yo era obediente con ella la vida me premiaría con un buen esposo, pero también me dijo que para eso había que llegar virgen al matrimonio.

...Y yo ya no lo era.

23 de abril de 1985

Son las seis de la tarde, hace varios días que no voy a la escuela. Estoy recostada en el sillón desde la mañana, mis ojos están fijos en el techo de asbesto y mi madre mira la televisión.

Me levanto de un brinco cuando oigo el rechinar de la puerta de lámina, e instantes después Andrés está parado en el umbral de la puerta.

—Buenas tardes —dice, mirándome de soslayo.

Mi madre le extiende la mano, mis hermanas menores lo miran extrañadas.

—Les tengo buenas noticias, parece que sí me van a autorizar su registro en el seguro —dice él, al tiempo que su mano aprieta la mía.

Jalo mi mano, hacia mi cuerpo, su contacto me repugna... Parece que corro a ciegas, porque apenas me doy cuenta de que estoy a dos cuadras de mi casa, parada frente a la casa de una de mis amigas. Mis manos golpean la puerta.

—Hola, perdón por no dejarte pasar, pero es que mi mamá está lavando el patio —dice Claudia.

Nos quedamos afuera, hablando tonterías y, minutos después, Andrés está parado junto a nosotras.

—¿Me pueden decir dónde hay un teléfono público? —dice él, fingiendo no conocerme.

—Sí, está a dos cuadras, todo derecho —dice mi amiga.

Andrés empieza a coquetear con mi obesa amiga. Me pregunto si hay algún lugar en dónde pueda estar segura. Claudia mira el álbum de fotografías que él extrajo de su maleta y me dice:

—¡Mira, Andre, qué padre casa!

Miro las fotos donde él está sonriendo, acompañado de varias personas; tras ellos se asoma el amplio jardín y la enorme residencia. Una de las fotos llama mi atención.

—¿Te gusta? —dice él, guiñándome un ojo.

Miro el automóvil rojo, recién encerado; al lado, un enorme perro pastor alemán y a Andrés parados junto al carro.

—¿Ya estás otra vez loqueando? ¡Métete o le voy a decir a mi tía! —grita la prima de mi amiga.

Andrés se aleja rumbo al teléfono. Sus pasos discordantes me hacen pensar que tiene una pierna más grande que otra, o que tal vez se lastimó.

Quisiera seguirlo, golpearlo.

Ser un hombre y violarlo como él a mí, pero tengo miedo.

24 de abril de 1985

Es de noche y un escalofrío recorre mi cuerpo, mis manos hormiguean rabiosamente, como si una marabunta corriera por mis venas... Mi mano izquierda se mueve mecánicamente, rasga la piel de mi brazo hasta que el dolor que siento corta este puto veneno en el cuerpo.

30 de abril de 1985

Hoy mi mamá llega temprano del trabajo, apenas entra en la cocina y empieza a gritar.

—¿Por qué no fuiste a la escuela?

—Ya no voy a ir —le digo.

—¿Pero cómo chingados no? ¿Acaso piensas ser una sirvienta como yo?

—No, mamá, es que tú no sabes. ¿Te acuerdas cuando nos iban a dar el seguro?

—¿Qué seguro ni que la chingada? ¡Te lo advierto de una vez! Si mañana no vas a la escuela, te vas a quedar de sirvienta, ¡pero en tu casa!

—¡Déjame explicarte, por favor! Él me...

—¡Cállate, lo que pasa es que eres una huevona!

Quiero vomitar esta ponzoña que me intoxica y me obliga a cortar mi piel por las noches, pero ella no me deja. Habla y habla pendejadas y de mis ojos se derrama el alivio, después de tanto tiempo de no poder hacerlo. Fluye el llanto tan espontáneo y limpio como mi cuerpo ya no lo es.

9 de mayo de 1985

Se ahogan lentos los días y las horas. Mis pasos me llevan a la escuela y se detienen en la oficina de la psicóloga.

—¿Qué se te ofrece, hija? —me dice la mujer de lentes, mirándome con cordialidad.

—Yo... no es nada —le digo y doy la media vuelta.

Me encierro en uno de los baños y de nuevo extraigo el cúter.

—Pendeja, pendeja y más que pendeja —susurro mientras rasgo mi piel.

¿Por qué soy tan cobarde? ¿Por qué no me atrevo a denunciarlos?

Pienso en mis hermanas menores y también en las mayores, a las que mi padre tiene encerradas, trabajando para él desde que terminaron la escuela primaria.

En la puerta principal de la escuela me encuentro a Beni. Me mira con extrañeza y me abraza hasta que mis huesos truenan.

—Hola, Andre, ¿por qué no habías venido a la escuela?

—¿Eh? Yo... tuve un problema, luego te cuento.

—¿A dónde vas? ¿Acaso de nuevo mataron clases? —pregunta mi compañero.

—No, me duele la cabeza —contesto.

Instintivamente, escondo las muñecas en el suéter largo y viejo que apenas y me da un poco de calor.

Y me salgo despacio de la escuela... Me despido en silencio de ese primer amor y de ese primer beso que ya no llegará.

Quiero olvidar, pensar que no ha pasado nada...

¡Dios, cuánto me duele el cuerpo!

Dime, ¿en qué lugar puedo sentirme a salvo...?

Dime que todo esto es un sueño y creeré en ti y rezaré todas las noches como me enseñó mi Tita. Y también creeré las palabras de mi madre cuando hablaba de la decencia y esas cosas.

—Mira, hija, si siempre me obedeces en todo, vas a ser muy feliz. Soy mayor que tú y sé lo que te conviene. Ya casi eres una mujercita y hay que cuidarte.

“¡Pendeja, y más que pendeja!, ¡eres una estúpida!”, me digo una y otra vez.

Por creer en las palabras de esa mujer que nunca me permitió salir a ninguna fiesta, “por mi bien”. Y le creí como las más estúpida de todas.

14 de mayo de 1985

Salgo de mi casa al oír la discusión de mis padres. Tendré que caminar un buen rato mientras llega la hora en que quedé de verme con Benito en el parque que está a unas cuadas del metro Xola.

—Hola, Andre, ¿qué onda? ¿Ya no piensas ir a la escuela?

—No.

—¿Y eso?

—Me aburrí, me voy a cambiar de escuela.

—¡Qué mala onda!

—¿Por qué...?

Beni no me deja terminar la frase, posa suavemente su dedo índice en mi mano y acerca su rostro al mío. Llega este remedo de

beso, extraño y nauseabundo. Me separo de él, siento el impulso de golpearlo.

—¿No te gustó? —dice, mirándome extraño.

—Sí... no..., sí...

—Por fin, decídetes. Y yo que te iba a pedir que fuéramos novios.

—No sé, luego te digo.

Y me alejo de Benito en un intento inútil por olvidar.

Llego a mi casa y miro a la mujer que me parió. Estoy aprendiendo a dejar de oír sus gritos de mujer amargada, sus lamentos de mujer explotada por su familia.

A veces pasan días sin que me bañe, y hay otros en que restriego mi cuerpo con tanta furia que dejo moretones en él.

Aún viene Andrés de visita, es cortés con la familia y dice que ya están por darnos el seguro. Yo nada más lo miro y me dirijo a mi cuarto, cierro la puerta y me recuesto en la cama, sobre uno de los resortes que salen del colchón.

Me he prometido que antes muerta que permitir que de nuevo ponga sus asquerosas manos en mí y me inunde con sus fluidos de bestia en celo; para eso guardo bajo el colchón la navaja que se ha convertido en mi única amiga, la que me proporciona ese alivio cuando la ponzoña hormiguea dentro de mis venas.

También hago otras cosas que atesoro como un secreto: algunas madrugadas me levanto despacio y me dirijo al baño; no dejo de vomitar hasta que expulso todo lo que me tragué en la cena. Me levanto temblorosa del retrete y duermo plácidamente, pensando que mi puerco no va a llenarse de esas feas bolas que les salen a las mujeres y que son la codicia de los asquerosos hombres.

¡Malditos! Todos son basura podrida.

¡Cuánto asco siento de mi cuerpo! De esta vida de mierda que ya no es mía.

29 de junio de 1985

Ayer un chavo de la colonia me preguntó si quería ser su novia. Le dije que sí, nada más para que dejara de fregar. Se llama Antonio y vive a dos cuadras de mi casa, enfrente de mi amiga la obesa.

También Beni sigue insistiendo en que seamos novios, pero cuando estoy con él me siento sucia, como si una avalancha de mierda me hubiera caído encima.

19 de septiembre de 1985

Una de mis hermanas mayores me iba a acompañar al Hospital General (me detectaron un soplo en el corazón), pero ambas nos levantamos después de las cinco de la mañana. Como ya no alcanzábamos ficha, me fui a mi nueva escuela. Regresé temprano; el temblor estuvo tan fuerte que nos quedamos sin luz y sin agua.

Una vecina me dice que se derrumbaron varios edificios del centro; entre ellos, el hospital donde tenía mi cita.

Son las once de la mañana. Una de mis hermanas y yo nos dirigimos al centro de la ciudad. Ambas miramos asombradas el edificio en ruinas donde mi hermana mayor trabajaba de costurera. Nos asustamos mucho al mirar el enorme sándwich de la avenida Fray Servando, pero ambas recordamos, casi al mismo tiempo, que ella entra hasta las ocho. No estuvo dentro del edificio cuando empezó el temblor.

Por la noche compramos pilas para el radio. La catástrofe fue peor de como nos la imaginábamos.

Yo tengo mi propio temblor que me hace llorar constantemente y aborrecer esta vida. Mis compañeros de salón son muy banales, siempre están presumiendo de sus conquistas, y ellas siempre hablando de hombres, como si fuera lo más importante en la vida.

Odio esta nueva escuela, pero más odio estar en mi casa, barriendo y lavando trastes que yo no ensucio, para que cuando

llegue mi madre no se enoje y no empiece a gritar sus mismas pen-dejadas.

Ayer por la mañana, de nuevo la marabunta empezó a meterse en mis venas. Por más que busqué en mi mochila, no encontré el cúter. Me puse a llorar en pleno patio de la escuela; un muchacho quería llevarme con el médico. No lo dejé, lo insulté hasta que se largó y me metí en uno de los baños, hasta que ya no me salieron más lágrimas.

¡Cómo odio a todos esos niños estúpidos que no saben nada! Siempre están allí, pensando que la vida es fácil y hermosa. Me dan mucha lástima. No, no es lástima: es envidia, porque casi todos tienen una familia que se preocupa por ellos.

Yo sólo tengo a los otros, de los que estoy aprendiendo a cuidarme para que ya nunca me hagan daño.

Enero de 1986

Hace ya muchas semanas que Andrés no se aparece por la casa. A mí me da igual, de todos modos ya no valgo nada.

Hay un muchacho en mi salón que quiere andar conmigo, se llama Roberto. Yo lo miro siempre tan correcto y bien portado que no me atrevo a llegar a nada con él. Sólo somos amigos. Él es el uno de los chavos más populares de la escuela, siempre está rodeado de esas estúpidas niñas fresas que tienen la vida fácil, pero parece como si me prefiriera por encima de todas ellas; no entiendo por qué.

Siempre andamos juntos para todos lados. Ya me enteré de casi toda su vida; él casi no sabe nada de la mierda que cargo en mi espalda.

Creo que no podría llevarlo a mi casa de paredes de lámina, tan viejas y podridas como éstos que me dieron la vida.

Por la tarde voy a La Merced, camino por los callejones donde se dan cita las mujeres que venden su cuerpo. Una de ellas posa

su mirada de ave de rapiña en mi cuerpo de curvas suaves y me llama con el dedo índice. La miro un instante y me dirijo hacia el parque que está detrás del que era el Hospital Juárez. Me siento en una banca e instantes después un hombre gordo y chaparro me saluda.

—Buenos días, preciosa, ¿acaso estás buscando trabajo?

—No... sí... no sé.

—No te preocupes, al principio es difícil, pero ya después te acostumbras; y, no te creas, si te pones lista, puedes ganar mucho dinero o ligarte a un hombre importante, sobre todo porque eres muy jovencita. ¿Cuántos años dijiste que tenías?

—Yo no le he dicho nada. No sé por qué usted...

Interrumpo mis palabras al mirar acercarse hacia nosotros a la misma mujer que me llamó hace un rato. Sus labios rojos y sonrientes dejan escapar una sonrisa de triunfo.

Me levanto despacio de la banca esperando que alguno de ellos me detenga y decida mi destino... pero nada, camino despacio sin voltear, hasta llegar al metro.

Entro a mi casa, mi madre me mira enojada. ¡Cómo me dan ganas de salir corriendo y no regresar!

Arrastrarme por el camino de una de esas mujeres en las que me he convertido...

Una vez más corto mis venas para callar mi llanto.

Me vierto

tan lentamente

... hasta drenar mis huesos

EL DELGADO CORDÓN

Tanto para las naciones como para las mujeres oprimidas, la verdadera libertad sólo se consigue cuando nos paramos en el umbral de esa barranca escarpada y empezamos a descender hasta llegar a nuestras raíces; entonces el perdón y el alivio llegan como manantial que nos purifica y nos guía hasta el lago de aguas tranquilas.

Agosto de 1992

Hace un año que murió mi padre, lo enterraron en su pueblo. Antes de llevárselo al mismo panteón donde está mi abuelita, abrí su ataúd y lloré por ese hombre que nunca quiso dar un poco de alegría, ni siquiera a sí mismo. Al final del entierro, mi madre nos presentó a uno de los tantos hijos que dejó regados por el país.

—Saluden a su hermano, niñas —dijo mi madre.

—Mucho gusto, me llamo Edmundo.

Y yo que creí que por fin me había librado de ese hombre, me doy cuenta de que no es así cuando observo el rostro de mi hermano: es casi idéntico al del que me dio la vida.

Hoy me marchó de la casa de mi madre. Siempre pensé que este día llegaría, soñaba con cumplir la edad suficiente para ser madre sustituta en algún albergue para niños de la calle.

“Pero tal vez fue el destino”, pienso mientras Gustavo me ayuda a subir mis pocas pertenencias al taxi.

—¿No te arrepientes? —pregunta él, mientras el taxi rueda rumbo a casa de sus padres.

—No —le susurro a ese hombre con el que quiero compartir toda mi vida.

—Gracias, mi niña, te prometo que seremos muy felices.

Septiembre de 1992

Hoy discuto por primera vez con Gustavo. Hace unos días se quedó sin empleo y me acabo de enterar de que tiene deudas contraídas con sus tarjetas de crédito y hasta una orden de embargo. Le grito tan fuerte que mi suegra sube a verificar que su hijito esté sano y salvo.

—No te enojés, Andrea, ayúdense. Ustedes que están jóvenes pueden salir adelante fácilmente.

—¿Y cómo lo puedo ayudar?

—También puedes trabajar para que salgan adelante.

“No es justo”, pensé cuando ella se marchó.

Tengo dudas que me hacen sentir celos. No entiendo en qué gastó tanto dinero. A pesar de que dice que siempre ayudó a su familia, no le creo. Se necesitaría ser muy tonto para mantener a una familia que no es suya. Y eso de que casi le pagó la boda a una de sus hermanas está por verse.

—¡Ni que tú también te la hubieras cogido! —le digo, tratando de no alzar la voz para que no vuelva a subir su madre.

—No seas grosera, es mi hermana.

—Por eso, los gastos de la boda le corresponden a su esposo, no a ti.

—Pero me va a pagar, nada más fue un préstamo.

Es de noche y, por fin, mis ojos hinchados se cierran. Quisiera creerle, pero no es justo. Aunque no tenga otra mujer y todas sus deudas hayan sido por ayudar a su familia, ¿por qué tengo que pagar los platos rotos? A punto estuve de tomar mis cosas y salirme, pero recordé las palabras de mi madre:

—Sí sales de aquí, ésta dejará de ser tu casa para siempre. ¡Cómo es posible que te largues así nomás! De segurito estás embarazada.

—No, no estoy embarazada, he decidido vivir en unión libre.

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso ya no lo vales?

—¿Qué cosa? ¿Qué es lo que no valgo?

—Pues, el vestido blanco y esas cosas.

Ambas guardamos silencio un instante, recordando lo sucedido años atrás. Estaba reacomodando mis ideas. Le quise decir que no, que ya no merecía ese vestido blanco gracias a su generosa colaboración en la corrupción de mi precioso puerco. Y ella, adivinando mis intenciones, se me adelantó.

—¡Pues entonces vete! ¡Y no cuentes conmigo para nada! —dijo ella.

Salió apresuradamente de la cocina, con la cabeza mirando al piso, cercenando de un tajo el delgado cordón umbilical.

Y ahora estoy recostada en esta cama extraña, con gente igual de extraña y con un hombre a mi lado al que creía conocer.

—Perdón, cosita linda, te juro que no vas sufrir por nada. Es más, mañana mismo busco otro trabajo para pagar todo lo que debo.

Besa mi frente, mi nariz, mis mejillas y mis labios suavemente. Se detiene un buen rato en mis hombros; sabe bien que es mi punto débil... Sus labios succionan mis senos, besa suavemente mi ombligo; quiero decirle que se detenga, siento vergüenza, pero cierro los ojos cuando uno de sus dedos penetra en mi cavidad y lame mi clítoris. ¡Es tan delicioso perderse en las palpitaciones de múltiples orgasmos!

Al día siguiente su familia mira con extrañeza esa amplia sonrisa que adorna mi cara.

El mal entendido orgullo que siento al recordar la manera en que salí de casa y el placer con que se estremece mi cuerpo cada vez que estoy a solas con este hombre me hacen quedarme en la casa donde han empezado los problemas con sus hermanas, que nos miran recelosas cada que nos abrazamos y que critican mi manera de vestir.

9 de diciembre de 1992

Hace apenas un rato, Gustavo entró a la recámara que nos presta su padre. Traía unos documentos en la mano.

—¡Ya está! Tienes que pedir permiso en tu trabajo. Nos casamos el viernes.

—Pero ¿por qué no me dijiste antes? —dije con cierto enfado.

—Es que... es una sorpresa.

Aún tengo dudas acerca de este hombre; tal vez algún día me case, pero no sé si él sea el indicado. Creo que una boda es para siempre, uno de los días más importantes para cualquier mujer. Y, a pesar de mis constantes blasfemias, sí creo en Dios; me gustaría que Él bendijera mi matrimonio. Tal vez Gustavo no sea el indicado, por eso es mejor jurar sólo ante un papel que se puede romper.

Él se va a comunicarle a su familia la buena nueva, y mi dedo anular y yo nos quedamos esperando el regalo que nunca llega.

11 de diciembre de 1992

Mi hermana mayor me confeccionó una falda y una blusa color blanco. Mientras la boda se lleva a cabo en el registro civil, pienso en un hermoso vestido blanco, un velo de tul y los azahares que me hubiera gustado lucir frente al altar. Pero el dinero escasea.

—¡Al fin somos marido y mujer! —dice Gustavo en la noche, después de que me enseña la exquisita y dolorosa penetración anal.

—Pues, mira, mientras tengamos este sexo tan rico, podremos seguir en luna de miel. Habrá que preocuparnos el día que nos falte, porque aparte de esto —digo adolorida y satisfecha, mientras mi mano toca su miembro erecto—, creo que en nada somos compatibles.

—Oye, Andrea, tengo una pequeña duda.

—¿Cuál? —le pregunto curiosa.

—Dime, ¿cuántos novios has tenido?

—¡Huy, un chingo!

—No, en serio, ¿cuántos?

—¿Por qué quieres saber? ¿Acaso te perjudica?

—No, simple curiosidad —dice Gustavo.

—La verdad, nunca los conté.

—Pero más o menos, ¿cuántos?

—Pues, a ojo de buena cubera... entre diez y treinta.

—¿Cómo? Ya en serio.

—No tengo tan buena memoria, pero ¿quieres que empiece por orden alfabético o por orden cronológico? —digo divertida al mirar esa chispa de celos en sus ojos.

—¿Algún día me platicarás de todos ellos, verdad?

—Tal vez —le digo antes de dormirme profundamente.

Me despierto en la madrugada. Mi corazón late furiosamente, y mis manos... mis manos escarban inútilmente en la caja de madera... Se me olvidó traer el cúter. Sólo traje estos recuerdos de los malditos hombres que he conocido.

En una ocasión, antes de conocer a Gustavo, conocí a un médico veinte años mayor que yo. Esa primera y única vez casi tuvimos relaciones en su auto. Después nos fuimos a un parque solitario y él acarició mi entrepierna con tanta astucia que fue la primera vez que tuve un orgasmo con un hombre. Quedamos en vernos al día siguiente. Al llegar a casa sentía una mezcla de repugnancia y placer, como si el agua y el aceite pudieran confundirse en una sola sustancia viscosa y turbia. El asco de mí misma me invadió, y mi cuerpo lo sentía tan sucio como la vez que me violó Andrés.

Y decidí nunca tener relaciones con ninguno. Lo que creían que era una decencia sin mancha, para mí sólo era una repulsión hacia los fluidos corporales, en especial al semen.

A cambio, seguía tocando mi cuerpo. A veces me sentía sucia por hacerlo; entonces me masturbaba compulsivamente, hasta

arrancarle a mi cuerpo tantos orgasmos que me dejaran completamente extenuada.

También tuve un novio llamado Álvaro; fue mi primer gran amor. Desde que lo conocí, algo despertó en mí, con tanta fuerza que no estuve en paz hasta que nos hicimos novios. Después de un año de relación con él, decidí no verlo más. Yo tenía veintiún años y él iba a ser padre con alguna de sus tantas novias. Para desquitarme de su engaño, le pagué con la misma moneda y también lo engañé con otros. A pesar de que me siguió buscando, no quise regresar con él. En el fondo, sabía que si lo hacía, me esperaba la misma suerte que a mi madre. La manera de ser de él era idéntica a la de mi padre.

Entonces enjugué mis ojos llorosos en el hombro de mi amigo Gustavo. Siempre ha tenido la paciencia de un felino cuando va tras su presa. Esperó a que se me saliera del corazón todo el amor, el odio y la frustración que me generó Álvaro.

Y el 11 de diciembre de 1991, hace exactamente un año, Gustavo y yo nos hicimos novios. Días después, llegó a mi casa con otro ramo de flores tan enorme como los anteriores. ¡Ya no cabían en la casa! Sentí tanta ternura por ese hombre tan serio y formal que empecé a llorar.

—¿Qué tienes, mi niña? ¿Acaso querías más rosas blancas? Mañana te las traigo —dijo él arrodillándose frente a mí.

—No... tengo algo que decirte.

Fue al único al que me atreví a confesarle mi experiencia con Andrés. Al final me abrazó suavemente y llenó mi rostro de besos.

—No llores, bonita, tú no tuviste la culpa. Y, aunque así hubiera sido, no tengo porqué entrometerme en tu pasado. Te quiero por lo que eres como persona y no por ser virgen o no serlo; eso carece de importancia.

Y me entró esa desesperación por tocar el cuerpo de ese hombre que no me condenó, al contrario, me acariciaba con tanta delicadeza que unas semanas después hicimos el amor. Aún recuerdo esas

primeras veces. Al principio yo tenía mucho miedo, pero él me fue conduciendo sabiamente hasta que, por fin, me pudo penetrar. Dejé de masturbarme o, más bien, empezamos a masturbarnos mutuamente, a chuparnos, besarnos, lamernos todo el cuerpo.

¡Por fin había encontrado el sustituto del amor de mi abuelita Elvia!

6 de octubre de 1993

Está anocheciendo. Camino por el patio de esta casa que no es mía. Mis pasos son lentos y mi mirada es de temor. Ya son varios días en que el dolor en el vientre apenas me deja dormir. A las once de la noche mi suegra se da cuenta y me lleva al hospital, donde me internan.

—Yo creo que es estrecha —dice el jefe de los médicos.

—¿Qué hacemos, entonces? —pregunta el residente que me atiende.

—Hay que esperar a que se le pase la anestesia y volver a bloquearla —sentencia el jefe—. Cuando esté lista, me avisan.

7 de octubre de 1993

Son las doce del día con veinticinco minutos. Enderezo mi cabeza y la miro dar su primera bocanada de aire.

—No se levante —dice el cirujano.

Minutos después la acuestan junto a mí, y mis labios se posan en la mejilla roja e hinchada. Ambas lloramos al mismo tiempo.

—No llores, te hace daño —dice uno de los médicos que me asisten.

No fue un llanto de dolor. El mío, fue de emoción; el de ella, de energía y ganas de aferrarse a la vida. ¡Es tan parecida a Gustavo!, sólo que más bonita.

—¿Te sientes mal? —pregunta el anestesiólogo.

—No, sólo que... gracias —les digo a ambos.

Y cierro mis ojos, por fin ella está a mi lado. ¡Es mi pequeña semilla que se ha vuelto flor! La que extrajeron de mi vientre-invernadero abierto.

Le pondré Irene, como mi hermana menor; se lo prometí.

No puedo dejar de llorar, es el día más feliz de todos.

Nos costó mucho trabajo, y ahora ese precioso ángel me va a acompañar algunos años de mi vida.

Siento miedo, no sé si seré lo que ella espera.

¿Y cuándo se enferme? ¿Cómo me voy a dar cuenta de si se siente mal?

Octubre de 1996

Mis párpados se levantan pesadamente; mi vista es borrosa. Intento recordar cómo llegué aquí. Creo que han pasado unos días desde que escuché las voces: "Diles que no hagan ruido, apriétales el cuello hasta que dejen de moverse".

No quería oírlas, pero ellas seguían hablando, y la única que estaba junto a mí, jugando con sus carritos y sus soldados, era mi hija.

Una, dos, tres... no sé cuántas pastillas ingerí para no hacerle daño a mi pequeña y para silenciar las voces.

Intento levantarme de esta fría cama y me doy cuenta de que estoy amarrada con una camisa de fuerza.

—¡Alguien que me ayude!, desátenme por favor, necesito ir al baño.

En el umbral de la puerta está parada una mujer. Delante de ella, un carrito con medicamentos y sueros.

—No, hija, te voy a traer el cómodo —dice ella.

—¿Y por qué no, mejor, me quita esto?

—Porque ayer atacaste a una de mis compañeras.

—No recuerdo nada. ¿Ayer, dice? ¿Qué día es hoy?

—Es martes.

—¿Y mi esposo?

—No puede entrar; tienes prohibidas las visitas.

—¿Por qué?

—Reglas del hospital. Todavía te faltan algunos días para que alguien pueda entrar a verte.

La enfermera inyecta un líquido en el suero que está conectado a mi vena. Me sumerjo en el mundo quimérico de los psicotrópicos.

El enorme lobo gris olisquea entre las tres camas de la habitación. Siento su aliento caliente y fétido al acercarse a mi cama. El animal sonríe, abre su enorme hocico y avienta su cuerpo hacia atrás como para impulsar el salto que lo llevará directo a mi cuello.

—Vete de aquí. Ya te dije que a ella no la toques. Puedes quedarte con cualquiera de las otras, pero ella es mía.

Un halo de luz ambarina cubre el cuerpo de la anciana; alta y espigada, parece de menor edad cuando me da la espalda para revisar mi suero. Ella no viste el mismo uniforme que las demás: su faldón largo y oscuro es más parecido a una enagua de las que usaba mi...

—No te apures, hija. Siempre estoy contigo, aunque no me puedas ver. Mira, princesa, te traje el cómodo porque esas jijas ya se largaron a dormir y te dejaron sola. Y ya me voy, porque no tarda en pasar el rondín de todas las madrugadas.

Se acerca para darme un beso. Sus manos frías y delgadas cubren mi cuerpo con un cobertor gris. Su voz ronca, su cara morena, sus trenzas... estoy segura: es mi Tita. Pero ella se ha dado la media vuelta y la miro caminar rumbo a la puerta.

—Por favor, llévame contigo —le grito.

—No, preciosa, aún no es tiempo; ya sabes, acuérdate del cuento del castillo de los dulces: aún sigues prisionera y falta mucho para que el príncipe llegue a rescatarte.

Me despierto con la espalda completamente mojada por mi orina. El cobertor se ha caído al suelo y el cómodo que trajo mi Tita está a mis pies.

El castillo de los dulces, eso sí que era fenomenal: mi Tita me vestía con un hermoso y largo vestido azul cielo, me colocaba una corona de flores frescas y me subía a una piedra enorme y plana. Yo esperaba con impaciencia a que apareciera el príncipe de barbas de algodón y corona de plástico, pero sus ojos y su andar ligero me decían que era ella la que venía a mi rescate y, empuñando una espada de plástico, daba la estocada certera al pato, gallo o cuanto animal se atravesara en su camino.

Gracias, Dios, por haberla puesto en mi camino. Lástima que ya no esté aquí para ir de su mano al castillo y saborear los dulces que me obsequiaba.

15 de diciembre de 1996

Fueron casi dos meses los que estuve internada; nunca conocí mi diagnóstico. Supongo que fue psicosis o algo parecido. Me sedaron con varios medicamentos: Clonazepam, Haloperidol, Carbamazepina, y a veces, cuando en las noches de luna llena no podía dormir al escuchar los aullidos que salían del cuarto de aislados, me tenían que sedar con una inyección muy fuerte llamada Rohypnol.

La luz me deslumbra al salir del hospital; a pesar de las fuertes dosis de medicamentos, la depresión no desaparece. Miro a la gente caminar ajena al dolor de los que nos arrastramos entre las sombras de los edificios de la ciudad en ruinas.

21 de diciembre de 1996

Ya casi es Navidad. Camino por el parque, con mi esposo y mi hija de tres años; hace frío, y una ligera llovizna se confunde con mis lágrimas.

Me siento peor que cuando ingerí las pastillas. Es una mezcla de cobardía por no tener las agallas para intentarlo de nuevo y de mucho dolor al ver a mi esposo y a mi hija sufrir por mi culpa.

Todo tiene el aspecto grisáceo de un invierno sin adornos, y el sol parece como si se estuviera marchitando. Todo se ha esfumado. Estoy perdida en mi propio cuerpo, en la casa de mi madre y en mis recuerdos.

¿Por qué no morí con mi abuela?

¿Por qué Dios no se apiada de mí?

¿Cómo saco este vacío de mi corazón?

Siento que me hundo en un pozo oscuro y frío que no tiene fondo.

Pensé que los medicamentos que me recetaron me liberarían de esta prisión, y me miro viva y creo que no tendré fuerzas para salir adelante. Tengo un deseo que espero se cumpla, y es que la muerte llegue de manera suave. Miro pasar los convoyes del metro e imagino que ha de ser muy doloroso morir aplastada entre sus ruedas.

Mi pequeña de tres años camina junto a mí. El calor que siento cuando me toma de la mano me hace sentir que no tendré el valor para intentarlo de nuevo.

Entonces, al llegar a casa tomo una pastilla de Rohypnol para perderme en mis sueños y no ver, aunque sea por unas horas, el espectro de alas grandes que aún me susurra cosas al oído: "No vale la pena, de todos modos nadie te entiende. Lómejores que te decidas y dejes de sufrir. Tal vez tu abuela esté esperando por ti. Es muy sencillo. ¡Tú sabes cómo!"

Desde entonces soy una esfera que rueda de terapeuta en terapeuta. Hay semanas en que mi ánimo desborda esa alegría infantil y perezosa, pero la depresión siempre regresa con su carga extra de culpa.

Abril de 1998

—¿Por qué, mamá? Yo quería nacer y tú no me dejaste.

—Yo también te quería conmigo, pero los médicos dijeron que de todos modos no había nada que hacer.

—¿Y por eso me mataron?

—Es que... mi otra hija; ella me necesita.

—¿Y yo? Mira mi cuerpo. Esto es lo que no viste cuando te durmieron y me sacaron de tu vientre.

—Perdóname, por favor. Yo no quería, pero la doctora dijo.

—¿Y tú le creíste? Eres mala, por eso todos se te mueren...

—No, yo sí te quería... te quiero.

—Juega conmigo, mamá; yo también te necesito.

Grito tan fuerte al mirar el feto que corre a esconderse bajo mi cama, que despierto bañada en sudor.

Ayer miré un programa de televisión. El señor Lima dijo que ninguna mujer tiene derecho a atentar contra la vida de su hijo por nacer. Que sólo Dios decide, y que si es la voluntad de Él que madre e hijo mueran, así debe ser.

No es que yo haya decidido, por voluntad propia, matar a mi hijo. La ginecóloga me explicó que en los embarazos ectópicos es imposible salvar la vida del bebé; que es un milagro que no haya muerto por una hemorragia a mis casi tres meses de embarazo.

Junio de 1998

Estoy con el terapeuta de mi esposo, el psiquiatra Escobar, narrándole mis conflictos. Él me ha llamado porque quiere conocer la otra parte de nuestras vivencias de pareja.

—Sí, últimamente hemos tenido muchos problemas, discutimos frecuentemente.

—Yo la veo muy triste. Me gustaría saber por qué se lastima tanto.

—No, yo no... no es intencional, doctor.

—Ya lo sé, pero si usted hiciera conciencia de su situación, tal vez pudiera dejar de perjudicarse.

—Realmente lo he intentado, pero parece como si avanzara dos pasos y regresara tres; es muy difícil querer salir de este estado de ánimo. No sé cómo.

Julio de 1998

Hoy es nuestra primera terapia de pareja. El psiquiatra Escobar es un hombre joven y muy guapo.

—Siéntense, por favor.

—Gracias —decimos al mismo tiempo.

Empiezan las preguntas de rutina. Me doy cuenta de que mi esposo y yo nos culpamos mutuamente por nuestros problemas.

—Pero hay algo más, doctor —digo un poco apenada.

—¿Qué es, Andrea?

—Mi esposo... él.

Ambos me miran con extrañeza. Mi esposo se pone pálido. Es el psiquiatra el que me anima:

—Vamos, continúe.

—Pues últimamente él tiene fantasías.

—¿De qué tipo? —pregunta el terapeuta.

—Es que... a veces imagina que yo estoy con otro hombre.

—¿Y qué piensas de eso, Gustavo?

—Sí, es verdad... pero sólo son fantasías, sólo eso.

—También me has dicho que te gustaría que estuviéramos en un trío.

—¿Un trío para tener relaciones sexuales? —pregunta el doctor.

—Sí —digo con timidez.

Siento mis mejillas arder y una risita nerviosa escapa de mis labios.

—¿Y qué piensas de eso, Andrea?

—Nada, ya le he dicho a Gustavo que él no puede obligarme a hacer cosas que no quiero.

—¿Y tú, Gustavo? ¿Te has preguntado el porqué de esos pensamientos?

—¡Bah! Sólo son fantasías, como ya les dije —contesta mi esposo, molesto porque lo exhibí.

Noviembre de 1998

Me he vuelto malintencionada. He aprendido a sacar “provecho” de estas recaídas y cada vez que puedo, vomito mis culpas y mi veneno con mi esposo, so pretexto de que estuve internada por culpa de su familia, pero también me llevo mi parte. Cada recaída por depresión es una estocada a mi autoestima.

Últimamente recaigo tan seguido que varias veces han estado a punto de internarme. ¡Es tan raro! Como si fuera una bestia que sale de su jaula cada veintiocho días, ruge con furia sobre mi rostro antes de abalanzarse sobre mi cuerpo que es incapaz de levantarse de la cama.

Y pasados unos días, parece como si hubiera salido el sol tan brillante que mi ánimo desborda alegría; aunque desaparece por sí sola, deja las huellas de la culpa en mí. Las mismas que me hacen ceder a los reclamos de mi esposo cuando, por las noches, toca mi cuerpo como Andrés lo hizo, sin besos y con la penetración rápida y dolorosa y al final lloro de coraje y mi ánimo vuelve a decaer.

Poco antes de que escuchara las voces, nos mudamos a casa de mi madre, quien cuidó a mi hija cuando estuve internada en el hospital psiquiátrico, cuando estuve internada por un embarazo ectópico —hace unos meses—, y ahora que nuevamente estoy por entrar a que me hagan un legrado. El ginecólogo a cargo dice que lo mejor es que me ligue las trompas para ya no arriesgarme.

—Además, lo más probable es que usted nunca pueda ser madre —sentencia el hombre de la bata blanca.

—¿Y, entonces, mi hija de cinco años?

—¿Tú tienes una hija? Nada más porque tú me lo dices lo creo. Según mi punto de vista, tu útero es incapaz de sostener un bebé, y la única trompa que te queda está parcialmente obstruida.

Enero de 1999

Me negué a que volvieran a mutilar mi cuerpo.

Mi esposo está por entrar al consultorio donde le realizarán la vasectomía, chantaje de por medio: el menso no dejaba de tocarme por las noches, y buenos sustos que me llevé. Duermo tan pesadamente debido a las pastillas, que sólo me doy cuenta a la mañana siguiente de que estuvo de latoso cuando mi vulva despide ese olor clorado de su semen.

Marzo de 1999

Hoy es nuestra última sesión de pareja. El psiquiatra nos citó por separado; soy yo la primera en entrar.

—¿No cree que es hora de irle quitando esas fantasías a su esposo?

—¿Y yo qué puedo hacer? Además, en nada me perjudica que él las tenga, sólo están en su cabeza.

—Sí le perjudica. Nada más que no se quiere dar cuenta de que las fantasías de su esposo forman parte de una patología que la involucra a usted. Si no, ¿por qué cada vez que discute con él cae en una depresión? Es muy fácil culpar al otro de nuestra infelicidad, pero ¿acaso se ha preguntado por qué, si no le gusta el sexo tal y como lo hace su esposo, usted se lo permite?

Un rato después entra mi esposo...

No, por más que lo pienso, no sé por qué se lo permito. Apenas hace unos días volví a deprimirme porque Gustavo me penetró tan rápido, que ni siquiera alcancé a lubricar; mis labios vaginales aún están rozados. Pero a él sólo le importa saciar su instinto de animal

en celo. Ni siquiera se tomó la molestia de abrazarme; se volteó hacia la pared y durmió tan plácidamente como un bebé.

Apenas han transcurrido unos minutos, cuando sale apresuradamente, azotando la puerta del consultorio.

—¿Qué pasó?

—Nada, que el muy... me dijo que checara mi lado homosexual.

—¿Por qué?

—Dice que eso de las fantasías del trío es porque, en el fondo, busco una relación con un hombre y te uso a ti para no reconocer mis tendencias.

—¿En serio? —pregunto divertida.

—¡No es motivo de risa! —dice, enojado.

—Debieras hacerle caso, hombre.

—¿Cómo crees? Ya parece que soy uno de esos. Tú bien sabes cuánto odio a los maricones.

Mayo de 2000

A mi esposo le otorgaron un crédito para vivienda y nos vamos a mudar en dos meses. Es un departamento pequeño, pero a mí me encanta. Creo que al fin podremos tener un verdadero hogar. Sólo pienso en el momento en que mi hija tenga su propia recámara para dormir, y nosotros... ¡todo el departamento para llevar a cabo todas las fantasías sexuales que revolotean por mi cabeza!

Mi madre está que no la calienta ni su nueva estufa. Creo que ya sé dónde aprendí a ser chantajista.

Al caer las gotas ácidas,
observo el laberinto ilusorio
de monstruos sin cabezas de bovinos
de hembras de hilos rotos a conciencia.

NADA MÁS QUE PENSANDO

... Y luego del esfuerzo realizado, miramos el árbol-destino en el reflejo del lago y nos damos cuenta de que la vida es ascender por el mezquite con pasos vacilantes. A veces hay que detenerse para desenterrar alguna espina, hasta alcanzar la vaina dulce de la verdadera independencia.

Marzo de 2003

Ambos nos miramos por un buen rato. Quiero hablar, pero su mirada me intimida.

Ha transcurrido más de media hora, cuando el hombre que está del otro lado del escritorio suelta la frase:

—Y dígame, Andrea, ¿en qué cree que la puedo ayudar?

Lo primero que me viene a la conciencia es el recuerdo de mi abuelita, pero guardo silencio y pienso un poco.

—No busco los grandes cambios, como ser presidenta o algo por el estilo; sólo quiero que esta depresión se salga de mi cuerpo. No puedo controlarla —le digo al psicoanalista Chávez.

—Y así es. A veces las personas, y algunos terapeutas, creen que esto de tomar terapia les va a transformar su vida.

—¿Y no es así? —pregunto con incredulidad.

—Por supuesto que no. Aquí entras como lagartija y sales como lagartija, nada más que pensando —dice con énfasis en su voz.

—¡Oh! —es lo único que acierto a decir.

—¿Usted cree que hay algún motivo para sentirse así? —pregunta mi nuevo terapeuta.

Octubre de 2003

De nuevo la bestia está a mi lado. Desde hace algunos días que casi no duermo, siento su aliento frío muy cerca de mi oído, gruñéndome con enorme hocico. Mi único consuelo es que, en un instante, entraré con mi terapeuta.

—Me siento muy mal, doctor.

—Sí, se le nota. ¿Ya fue al médico?

—Sí, pero dice que sólo son mis nervios.

—No creo, nomás mírese en el espejo y vea su aspecto.

—¿Qué es lo que tengo, doctor?

—Eso sí no lo sé, pero la noto muy delgada y sus ojos están saltados. Usted tiene algo, debe insistirle al médico.

—¡Ya le dije, doctor! La semana pasada fui a consulta, pero él me miró con burla cuando le insistí en que me hiciera los estudios para descartar un problema en mi glándula tiroides. Sólo sonrió y movió la cabeza. Me dijo que todo estaba en mi mente y que él no podía hacer nada. ¿Qué puedo hacer?

—Seguir insistiendo. Su salud va de por medio.

Febrero de 2004

—A veces siento tanto odio contra todos, que me repugna cualquier tipo de contacto.

—¿Y hay alguien con quien sí te lleves bien?

—Sí, son dos personas a las que adoro con toda el alma: mi hija, que es mi razón de vivir y también está mi hermana Irene. Solamente con ella me siento a gusto; es la menor de las siete, y de niñas siempre estábamos juntas. Fue mi compañera de juegos. Con ella encontré ese refugio alegre que me permitía distraerme por ratos. ¡Hasta padecemos la misma enfermedad que mató a nuestra abuela!

—¿Pero no ha de ser fácil aceptar una enfermedad tan delicada como la que tienes? —dice el hombre, posando su mirada de águila en mi rostro.

—Ya me estoy acostumbrando; en dos meses me van a radiar. Dice la endocrinóloga que después ya no voy a tener problemas.

En verdad estuvo bueno el susto. Finalmente, en noviembre del año pasado logré que me atendieran en el Centro Médico. Tres días después ya estaba tomando el medicamento para controlar la enfermedad de Graves que me diagnosticaron. Desafortunadamente, mi tiroides no reaccionó al medicamento, y en unas semanas tendré cita en medicina nuclear, donde quemarán mi tiroides por medio de yodo radiactivo.

Junio de 2004

Lo miro asomarse a la ventana del edificio que está enfrente de donde vivo; me sonrío. Yo también le sonrío. Mis ojos se detienen en ese par de ojos que me miran con curiosidad; hago un saludo con mi mano izquierda. Mi vecino me responde con una sonrisa. Me dejo enganchar por este hombre.

Tengo once años de casada y el permiso de mi esposo para tener novios siempre y cuando le cuente de mis experiencias.

Le hago una señal a mi vecino para que nos encontremos en el jardín que separa ambos edificios. Segundos después está parado junto a mí. Se llama Rodrigo, está casado y es agente viajero. Por la tarde escucho la serenata que, vía su estéreo, me dedica: "Y de robarle un beso/ganas no me han faltado..."

Le escribo mi teléfono en una cartulina y acordamos vernos más adelante, cuando él salga de vacaciones, para platicar.

Desde que me radiaron no he tenido relaciones sexuales con mi esposo, a pesar de que no las tengo contraindicadas. ¡No ha de ser agradable llegar del trabajo y ver a una mujer quejosa y pelona! Ni yo me gusto cuando miro en el espejo mi rostro verdoso y marcado con estas ojeras de muerta. Y luego, si no estoy llorando, estoy dormidota todo el día. Y, para acabarla de

fregar, hace unos días me internaron por riesgo de tormenta tiroidea. El residente me aseveró que soy bipolar; no entiendo por qué dijo eso, pensé que era border o algo así, pero ¿bipolar yo? No creo.

Julio de 2004

—No, doctor, yo no tengo problemas de autoestima, en serio.

—¿Cómo? —pregunta él.

—Desde que me radiaron, mi ya de por si vapuleada autoestima se vino a pique.

—No entiendo, entonces ¿por qué dices que no tienes problemas?

—No se puede sufrir de lo que se carece. Simplemente ya no tengo autoestima, cero.

—Ja, ja, ja —es la primera vez que miro al psicoanalista reírse a carcajadas—. A ver sé más explícita.

—Fíjese, aparte de los consabidos síntomas, como la caída severa de cabello, la piel de cocodrilo, el aumento de peso, las gripas de perro con fiebre de más de treinta y nueve grados, y las dos amenazas de tormenta tiroidea, existe la posibilidad de una nueva radiación. Y yo no quiero...

—Pero si es necesario...

—Pero no quiero...

—Tú no decides. Antes agradece que te atendieron a tiempo. ¿Cómo te hubiera caído un cáncer en tiroides y dejar sola a tu hija?

—¿Como mi abuelita a mí?

—Exactamente, igual que tu abuela.

—No quiero...

—Ya te dije, tú no decides, y si es necesario, pues...

—Aunque no quiera.

—Exactamente. Aunque no quieras, vas a hacer lo que el especialista te indique, ¿estamos?

Lo miro hablar tan convincente, que sé que voy a seguir sus indicaciones como si de ello dependieran mis orgasmos.

—¡Estamos! —le digo antes de abrir la puerta del consultorio.

Agosto de 2004

Hoy es el día de nuestra cita, pero me quedo dormida en el sillón. Despierto hasta las seis de la tarde. Marco el número de su casa; nadie responde.

Ni modo, a ver qué pasa.

Por la noche miro encenderse las luces de su departamento. Lo busco a través de sus cortinas entreabiertas. Estoy a punto de marcar de nuevo, pero mi dedo se detiene al mirar a la mujer rubia y hermosa que recoge la ropa tendida en la protección de la ventana.

Un rato después, mi vecino se asoma. Le sonrío y él me mira con odio jarocho...

Ups, perdón...

"No pude ir", le escribo en una cartulina y le mando un beso apresurado. Son las ocho de la noche y Gustavo está por llegar del trabajo.

Me pongo mi mandil de buena ama de casa y caliento la cena.

Finales de agosto

Hace dos horas mi vecino me habló por teléfono. Quedamos de vernos en un parque.

Yo... mis manos sudan. Es la primera vez, desde que me casé, que me cito con un hombre distinto a mi esposo.

Me besa suavemente, pero yo introduzco mi lengua en su boca. Las orejas se le ponen rojas y calientes. Me toma de la mano y la coloca en su entrepierna, siento su erección.

—¿Y, entonces, cómo quedamos? —le pregunto a Rodrigo.

—Nada, no hay nada; sólo es para que tengas un buen recuerdo de tu vida de casada. ¿O acaso tú dejarías a tu esposo?

—No lo sé. A veces tenemos muchos problemas.

—Ésa no es razón suficiente: tú tienes una hija y mis dos niños aún están pequeños.

—Creo que tienes razón. Siempre he creído que los divorcios vienen por acuerdo mutuo, mas no cuando una comete el acto pecaminoso de adornarle al otro la frente.

—Ja, ja, ja... ¿Entonces por qué me buscaste?

—No, fuiste tú el que me citó.

—Sí, pero luego, luego dijiste que sí.

—Así es la vida, hay que aprovecharla, aunque sea una aventura.

—O sea que eso es lo único que buscas.

—...?

—¿Y qué hay del amor?

—Por favor, a nuestra edad. Sería vergonzoso creer en el amor. No existe, sólo es una descarga hormonal moviéndose por todo el cuerpo.

—¡Ah! Okey, luego nos vemos —dice mi vecino.

Se levanta de la banca y me deja sola, el maldito... en medio del parque... a ver si no me sale un lobo feroz y me come como a Caperucita.

Principios de septiembre de 2004

Por suerte mi tiroides dejó de funcionar hace un mes. Aún tengo diez kilos de más en mi pequeño puerco, y eso que casi ni como. Estoy iniciando la terapia hormonal sustitutiva con un medicamento llamado Levotiroxina, que suple, en parte, las funciones de la tiroides. También estoy tomando un medicamento para mi gastritis y mi esofagitis y corro el riesgo de desarrollar unas lindas hemorroides; todo esto gracias al hipotiroidismo que me provocaron.

He buscado a mi vecino, pero nada; sólo escucho esa canción que repite una y otra vez, todas las tardes: “Buscaste el placer, sin dar el alma/tienes que aprender a amar/tienes que cambiar/A pesar del tiempo...”

¡Qué hueva! El nene está enamorado y mal correspondido.

Es de noche, me pregunto si será intencional eso que hace con las cortinas abiertas. Tal vez sólo sea casualidad, y yo ahí estoy de caliente pensando que se exhibe en poca ropa para mí. ¡Guau!, nunca había visto otro pene, en vivo y a todo color.

No... guácala: está eyaculando sobre la mesa del comedor. ¡Ag...!

Finales de septiembre de 2004

¡Ay, Dios! Creo que sí es intencional. Hace un momento lo acabo de ver en una sesión erótica con su linda esposa. Ambos se besaban tan ardientemente, que mi tanga se humedeció; él dejó la estancia en penumbras y la rubia nos deleitó con un baile sensual, al ritmo de la música lenta se despojó de su ropa, hasta quedar en ropa interior.

Después, ambos se besaron y apagaron sus luces.

“¿Me estaré haciendo lesbiana?”, me digo mientras acaricio mi entrepierna y me pregunto qué se sentirá estar con una mujer. Nada más de imaginármelo, tengo un orgasmo tan fuerte que caigo desfallecida en la cama.

No, ¡guácala! No sé por qué cada vez que me topo con una mujer de ese tipo, me dan ganas de besarla y otras cositas que las personas decentes no deben saber. Ante todo, hay que cuidar el estatus.

6 de octubre de 2004

—Tengo algo que decirte, es importante. Nada más hay que esperar a que la nena se duerma —le susurro a mi esposo en un descuido de mi hija.

Después de cenar nos metemos a nuestra recámara. Gustavo me mira interrogante.

—¿Y bien?

—Que ya encontré al candidato para el trío —le suelto así, sin más.

—¿Y quién es él?

—Es Rodrigo, nuestro vecino, del edificio de enfrente.

—A ver, cuéntamelo todo.

Conforme transcurría mi confesión, el gesto de él se fue haciendo duro, su rostro empezó a enrojecer.

—No te creí capaz; es asqueroso lo que hiciste.

—Pero si tú mismo sugeriste que yo también lo provocara. Además, sólo le enseñé los pechos, eso fue todo. ¿Qué, ya no te acuerdas que hace unos días me insistías en que yo también me desnudara en la ventana para que él me mirara?

—¡Y tú ahí vas de obediente! —me dijo el mismo hombre que, desde hace varios años, insiste en tener sexo entre tres.

“Hoy no, acuérdate de mañana”, me alerta la vocecita de mi cabeza.

—Ya lo sé, mañana estaré más tranquila.

Yo creo que estoy pensando, pero me doy cuenta de que no es así cuando Gustavo pregunta:

—¿Tranquila de qué?

—Acuérdate, mañana es el día en que...

—¡No!, lo importante es ahora...

De nuevo empieza mi conciencia a insultarme: “Ya ves, pendeja, otra vez te la creíste”.

La rabia humedece mi tanga, no puedo entender sus palabras.

Cómo quisiera que dejara de pelear y me tumbara sobre la cama e hiciéramos el...

No, estoy mal, empiezo de nuevo: ¡Cómo quisiera que me arrojara sobre la cama y me cogiera violentamente hasta que me dolieran los ovarios!

Pero él sólo habla y habla. ¡Qué voz tan sensual tiene cuando está megaencabronado!

8 de octubre de 2004

“¡Y todo por los malditos hombres!” —me digo mientras rasgo el dorso de mis manos, varios rasguños no son suficientes para calmar la ira que revolotea dentro de mi cuerpo.

“¡Maldita sea! ¡Soy una bestia! ¡Qué idiota soy!”

En verdad quiero controlarme; no puedo, Dios. No sé por qué te meto en esto, tú no tienes nada que ver. Soy yo la que no entiende.

Tomo una de mis pastillitas blancas y, cuando estoy más tranquila, voy con mi hija. Me faltan palabras para disculparme con ella.

Ayer fue su cumpleaños, y por estar discutiendo con Gustavo, no la festejamos ni con un pinche pastel.

Hay veces, casi siempre, que no tengo abuela; porque madre, creo que nunca he tenido.

24 de diciembre de 2004

Son las seis de la tarde, mi esposo llega temprano del trabajo. Estoy tumbada en uno de los sillones de la sala, escuchando la música que vomita el estéreo: “Me estoy volviendo loco por ti y tú ni...”

—¿Qué sucede? ¿No me digas que yo soy el que te pone así?

—¿Por qué lo dices?

—Pues como ya no hemos tenido sexo, creo que estás molesta conmigo.

—Sí, estoy molesta, pero hay algo más.

—¿Acaso te has dado cuenta de lo importante que soy para ti?

—No...

—¿Entonces qué es?

—Creo que me estoy enamorando.

—Eso ya lo sabía, me amas tanto que...

—No, es alguien más.

—¿Cómo?

—...

—¿Repíteme lo que acabas de decir?

—...

—¿Quién es él?

—...

—Dime quién es...

—Ya sabes.

—¡El pinche enano de enfrente!

—Se llama Rodrigo.

—¿Y hasta nombre le pones?

—No, así se llama.

—¡Qué cínica eres!

—¿Ah sí?

—¡Pues si él te va dar lo que yo, lo mejor será que te largues! O qué, ¿ya lo sabe su esposa?

—No lo sé, deja preguntarle.

Discutimos y discutimos, lo insulto, lo golpeo, lo culpo de todo lo que sucede.

Arrastrando la maleta a medio llenar con su ropa, se va de casa, azotando la puerta. Por la noche, dudo un segundo, el cúter o el Clonazepam. Es delicioso sumergirse en el mundo relajante de estas pastillas, hasta soy capaz de sonreír aunque Gustavo no esté a mi lado.

¡Cuánto lo extraño!

25 de diciembre de 2004

Hoy es Navidad. Gustavo no está conmigo y mi mundo de papel es derribado por el viento invernal. Sola, de nuevo sola, como cuando murió mi Tita.

Ya ni siquiera quiero preguntarme el porqué. Mi hija mira la televisión todo el día, mientras la madre que debiera cuidarla sigue sumergida en ese mundo quimérico que le proporcionan los sedantes.

Soy una mala madre, la peor. ¡Y yo que en la escuela de mi hija me siento tan orgullosa cuando sus maestros me felicitan! Como si en verdad me lo mereciera.

A veces creo que yo soy la bestia a la que tanto temo.

31 de diciembre de 2004

No pude aguantarme las ganas de hablar con Gustavo; ayer llamé a la casa de sus padres y le dije cuánto lo extrañaba.

—Yo también, mi niña, he sido un estúpido. Por favor, perdóname, no sé en qué estaba pensando cuando me fui de casa. Si tú me perdonas, te juro que nunca más tendrás queja de mí.

Apenas me unté un aceite perfumado por toda mi piel y ahora estoy parada frente al clóset, buscando la minifalda que más le gusta, la que hace juego con el ligero negro que compré especialmente para él.

Enero de 2005

Me siento muy ansiosa. El doctor Chávez decidió integrarme a una sesión grupal.

—Niñez es destino —dice el terapeuta.

—Entonces, ¿estoy jodida sin remedio? ¿Acaso este veneno me va a seguir envenenando el cuerpo?

—Tu problema no es tu cuerpo, son tus emociones y cómo las manejas —dice el hombre de lentes.

—Sí, creo que así es —le digo y agacho la cabeza, comprendiendo.

—Dinos, Andrea, ¿cómo fue tu adolescencia?

Putra madre, una mentada o un golpe hubieran dolido menos. Al terminar mi confesión, todo el grupo me miró como bicho raro, algunos con lástima. El psicoanalista fue el primero en hablar.

—¿Cuántos años dijiste que tenías cuando sucedió?

—Iba a cumplir dieciséis —le digo, secando mis lágrimas con un pañuelo.

—Y tú ¿flojita y cooperando, no? —dice Josué, uno de mis compañeros de terapia.

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—¿No crees que a esa edad ya estabas lo suficientemente grandecita para defenderte? —dice el doctor Chávez.

—O qué, ¿te puso una pistola en la cabeza? —insiste el mismo compañero.

—No... no...

—Entonces, ¿por qué no aceptas que lo permitiste y tal vez, hasta lo disfrutaste? —me dice el psicoanalista.

—¡Porque no fue así! La segunda vez que quiso abusar de mí, ya no se lo permití —y mis ojos se inundan nuevamente.

—Pero sí aceptaste una primera vez.

—¿Y qué podía yo hacer?

—Defenderte, gritar, correr. Si en realidad no querías, ¿por qué lo permitiste?

—No sé —les digo confundida.

—Mira, Andrea, si no aceptas tu responsabilidad, lo más seguro es que repitas el mismo patrón.

—¿Cómo? No entiendo.

—Sí. Tú tienes una hija de la que siempre nos presumes que es tu orgullo y que la quieres mucho. Dinos, ¿cuántos años tiene?

—Once —contesto, y la alarma amarilla de mi conciencia empieza a parpadear.

—Bueno, pues si tú no reconoces que lo disfrutaste, lo más seguro es que más adelante tú le hagas a ella lo mismo que te hicieron tus padres.

“Chingada madre, eso es ir por lana y salir más que trasquilada, despellejada”, me digo mientras abordo el microbús que me lleva de regreso a casa.

Por más que quiero encontrar el momento en que lo disfruté, nomás no lo encuentro o de plano soy bruta o... ¡Dios!, brinco asustada al recordar a esa preciosa niña que se está desarrollando como si le hubiera puesto levadura a sus comidas.

Afino mis antenitas de madre sobreprotectora y me digo que a ella jamás, aunque tenga que rezarle a Satán.

Febrero de 2005

—Y de tus padres, ¿qué nos puedes contar? —pregunta el hombre de lentes en una nueva sesión.

—Poco tiempo después de que mi abuela murió, empecé a buscar en ellos el cariño que ella me daba.

Primero fue con mi padre. A veces conseguimos llevarnos bien, pero era un alcohólico en franca decadencia y siempre terminábamos discutiendo por tonterías. Por ese entonces él había dejado de golpearme; como a los siete u ocho años ya no se lo permití.

Lloro, me desgarró en la terapia, pero no consigo odiar al hombre que me dio la vida. A lo más que he llegado es a tenerle lástima por su alcoholismo, sus insultos y sus golpes. En el fondo está ese gran amor que me hace justificarlo siempre.

—Creo que aún no ha superado el complejo de Edipo —dice una de mis compañeras.

Y el hombre sabio dice que nadie lo ha superado del todo, por eso se considera que todos padecemos de neurosis, en el mejor de los casos.

Marzo de 2005

—Y mi madre nunca estuvo con nosotros —les digo en una nueva sesión.

—¿Por qué?

—Toda su vida trabajó de sirvienta para darnos de comer.

—Entonces, no es que no haya querido darte cariño, sino más bien que nunca tuvo tiempo.

—¡Sí lo tuvo! En las noches yo la esperaba para pedirle un beso que nunca me quiso dar: “¡No y quítate de aquí! ¿Qué no ves que estoy cansada? ¡Todo el día estoy trabajando y tú no haces nada!” ¿Y qué podía hacer yo a mis seis años? Comencé a ser una niña callada para no darles problemas a mis padres. Tal vez algún día decidieran abrazarme y decir que me querían.

—Ella te dio lo que tuvo, ¡cómo querías que te diera lo que no tenía!

Y la mujer seductora con aires de niña se transforma para dar paso a la pendeja que se dejó prostituir.

—¿Qué pasa, Andrea? —pregunta el psicoanalista.

Lloro de rabia, siento que nadie me comprende. ¡Ahora soy yo la que tiene que entender a esa mujer que no se tentó el corazón para venderme al mejor postor!

¡Pero cómo iba yo a disfrutar toda esa mierda que me aventaron al puerco!

Abril de 2005

—¿Te sucede algo? —dice una de mis compañeras de terapia.

—¿Por qué la pregunta? —contesto con otra pregunta para ganar tiempo.

—Se te nota muy desencajada.

—¿Nos quieres contar, Andrea? —dice el terapeuta.

—Mi esposo, doctor.

—¿Qué hay con él?

—De nuevo se fue de la casa... No, más bien yo lo corrí.

—¿Por qué?

—Discutimos... La verdad, ya no quiero estar con él; todo el tiempo es pelear.

—¿Y por qué pelean?

—Por cualquier cosa. No, la verdad es que casi ya no tenemos relaciones íntimas.

—¿Y lo han hablado?

—Sí, pero no funciona. Ya intenté de todo.

—A ver, sé más explícita con tus compañeros —dice el terapeuta.

—Ya le dije a mi esposo muchas veces cómo me gusta tener sexo, hasta me compré ropa sexy para él, ¡y nada! Parece que no le interesa tocarme.

—¿Y él qué te dice?

—Clásico: que el problema no soy yo, sino él. Y también sigue con sus fantasías de que estemos en un trío.

—¡Mira qué listo! Quiere tener a dos mujeres al mismo tiempo —dice Óscar, otro de mis compañeros de terapia.

—No, el trío no es con otra mujer, es con otro hombre.

Mis compañeros hombres me miran con asombro. Segundos después, el doctor Chávez vuelve a la carga:

—¿Y han llegado a los golpes?

—Sí, algunas veces.

—Entonces, tu esposo no te quiere —dice con sarcasmo una de mis compañeras.

—Eso lo vamos a ver —dice el hombre sabio.

—Ay, doctor, pero cómo la va a querer, si ella acaba de decir que le ha pegado.

—No, no entienden: soy yo la que le ha pegado a él.

—¿Tú?, ¡pero si parece que no rompes un plato! No puedo creerlo. ¿Por qué le pegas? —pregunta Adela.

—No sé, cada que discutimos siento correr por mis manos un puto hormigueo que no se quita con casi nada.

—¿Y por eso lo golpeas al pobre? ¿Por qué mejor no te golpeas a ti misma? —dice Josué con enfado.

—A veces, también hay ocasiones en que, para no hacerle daño, me rasguño las muñecas.

—¿Y cómo te sientes con eso?

—De la chingada. Después de que discutimos, me deslizo como en un tobogán hacia la depresión.

—¿Cuánto tiempo dura ese estado?

—Dos o tres días. Después viene la última parte, donde me siento muy culpable.

—¿Qué tanto? —dice el psicoanalista.

—Por unos días soy toda ternura y suavidad con mi familia, hasta que de nuevo empieza el hormigueo.

—¿Y tu hija? ¿Acaso no piensas en ella?

—¿En qué la perjudico, doctor? A ella no la golpeo ni le grito, yo la cuido y la trato con ternura.

—¿Y de qué manera crees que la perjudicas con tu depresión?

—De ninguna, no creo que... no sé cómo parar esto...

—¿Y por qué es tan agresiva, doctor? —dice mi compañera.

—La violencia la aprendió de sus padres. También se puede dejar de serlo.

—¿Cómo? —pregunto yo.

—Haciendo conciencia.

—¿Y cómo? —preguntamos varios compañeros al mismo tiempo.

—Cada uno de ustedes tiene que buscar su propio camino, aquí no damos mamilas —nos dice el terapeuta.

“Note hagas la inocente... eres muy tramposa. Tú y yo sabemos muy bien que, además de no reconocer que sí disfrutaste, también le das en la madre a tu hija cada vez que te deprimes”, me dice esa voz silenciosa.

Diciembre de 2005

Son muchos meses los que tardo en reciclar —a medias— todo el odio que guardo hacia mi madre: la he insultado, maldecido y llorado tantas veces, hasta que poco a poco el odio se transforma en un sosiego tibio que no deja de ser dolor.

No sé si la he perdonado, sólo soy un ser humano y, aunque aún guardo rencor, soy capaz de entender sus razones y drenar un poco del veneno que aún hormiguea por mis manos.

A mi padre le guardo tanta compasión que no soy capaz de odiar al pobre hombre que nunca supo o quiso querer a su familia, empezando por su madre.

Me doy cuenta de que al menos una vez a la semana me siento libre, encerrada en este salón que huele a humedad y cuando mis pasos me llevan hacia la calle dejo fluir mis ojos, valiéndome madres lo que piense la gente de mí.

“Pero, en serio, ¡yo no disfruté!”

Enero de 2006

—Yo... tengo una duda doctor —le digo y bajo la vista.

—¿De qué se trata?

—Pues, a veces dudo de mi sexualidad.

—¿Qué es lo que crees que te hace dudar?

—Pues... yo recuerdo que desde que estaba pequeña me masturbaba.

—¿Y eso qué tiene de raro?

—Que lo hacía compulsivamente...

—¿Desde cuándo?

—A los cinco años, después de que murió mi abuela, mis manos descubrieron la compensación de la ausencia de esos únicos brazos que me enseñaron a amar con esa entrega desinteresada. ¡Hasta tenía orgasmos cuando me tocaba!

—¡Bah, eso es imposible!, a esa edad no se puede tener orgasmos.

—¡Pero yo sí los tenía!

Todos los presentes me miran con incredulidad. Yo aún recuerdo esas contracciones que sentía cuando me montaba en una escoba y friccionaba mi entrepierna hasta que los espasmos inundaban mi cuerpo.

—¿Y lo sigues haciendo? —dice Josué.

—A veces, cuando me siento triste. Hace unas semanas pasé por un periodo en el que me masturbaba todas las mañanas.

—¿Y cómo te sientes cuando te tocas?

—Hay ocasiones en que no consigo sentirme satisfecha.

—Retomando el tema, ¿cuál es tu duda?

—¿De qué? —pregunto sin comprender por un instante—. ¡Ah, ya recuerdo! Es que a veces siento que me gustan las mujeres.

—¿Te has relacionado de alguna manera con alguna de ellas?

—No... bueno, una vez me besé con una.

—¿Por qué lo hiciste?

—No sé, fue hace como un año. Ambas estábamos en un bar y ella estaba alegando con varios de mis compañeros del taller de literatura. Simplemente me pidió un beso y yo no me negué.

—¿Por qué?

—Porque ella me gusta mucho.

—¿La has vuelto a ver?

—No... por desgracia.

—¿Y por qué te gusta?

—Porque es muy parecida a una de mis hermanas.

—¿Y qué tiene que ver tu hermana en esto? —me dice el psicoanalista.

—Nunca me llevé bien con mis hermanas, ellas ya se habían acostumbrado a la violencia y las mayores habían aprendido a ser agresivas con las más pequeñas. Pero con Silvia las cosas fueron distintas: ella se encargó de proporcionarme una clase de amor que pervirtió mi cuerpo, mis gustos, fue otra mancha que no he podido borrar. Aún tengo en mi boca el sabor agridulce de su sexo entre mis labios. Después de que murió nuestra abuela, me hacía cosas en mi cuerpo. Con el pretexto de jugar a la enfermera, metía su dedo en mi ano o chupaba mi... perdón, no me atrevo. Sólo puedo decirles que al principio me dejaba hacer todo.

—¿Por qué? —pregunta Adela.

—Porque al fin y al cabo era la única que me ponía atención.

—Pero tú no tuviste la culpa, Andrea —me dice el psicólogo.

—Es que... ya después me empezó a gustar. ¡No entiendo por qué, doctor!

—¡Pues ha de ser porque a los cinco años todo nos gusta!

—Pero yo me sentía tan culpable, que tiempo después ya no lo permití.

—Eso es porque hiciste conciencia y tú misma te dejaste llevar por los prejuicios.

—¿Y cómo no, si somos hermanas...?

La sesión termina y una pregunta queda atrapada en mi mente: ¿cómo fue posible que a una niña, algunos años mayor que yo, se le ocurrieran semejantes perversiones? Pienso que tal vez alguien abusó de ella; tal y como lo hizo conmigo.

Pero no sé quién pudo hacerlo; tal vez algunos de los refugiados de mi abuela. Recuerdo a dos mujeres a las que socorrió y dejó quedarse unos meses en la casa a cambio de unos cuantos centavos. Tal vez esas dos mujeres eran lesbianas y una de ellas fue la que pervirtió a mi hermana. No lo sé.

¡Dios mío! ¿Por qué el mundo es tan puerco?

Mi hermana tampoco creció como una niña normal. Cuando era adolescente, había ocasiones en que no se levantaba de su catre en todo el día. Yo no entendía qué pasaba al mirar el bulto que se estremecía bajo las cobijas, y en la noche salía de su guarida con rastros de lo que ahora sé que era una depresión severa.

...Y por más que lo pienso: “¡Yo no disfruté! Al menos no con Andrés”.

Febrero de 2006

Este frío de perros me va a congelar el corazón. De nuevo se fue mi esposo; creo que yo soy la necia que no entiende que es él quien no quiere estar conmigo.

No puedo dejar de deprimirme por este hombre al que siento necesitar como si fuera el esmog puro que respiramos en la ciudad.

Y él, cada que puede, me abandona; a veces porque intento trabajar, o porque peleamos, o porque la mosca zumba al volar.

Esta vez fue porque un pintor me pidió que posara desnuda para él. Cuando se lo dije a mi esposo, estuvo de acuerdo; pero al llegar a casa, él estaba sentado en la sala y me miraba con rabia creciente:

—¿Sabes qué?, me marchó —me dijo y se metió a nuestra recámara.

¡Otra vez! Con enfado fui tras él al escuchar las puertas del clóset correrse.

—¿Cómo? —le dije sorprendida.

—Que me largo, te dejo el camino libre para que hagas tu vida con quien se te dé tu gana —me gritó, al mismo tiempo que sacaba una de las maletas del clóset.

—Pero ¿por qué?

—¿Y todavía lo preguntas? ¡Yo, aquí de pendejo! ¡Y tú, quién sabe adónde, haciendo no sé qué, con ve tú a saber quién?

—¿Qué...? Ni siquiera sabes. Te dije que me acompañaras y no quisiste —le reprocho.

—¿Y para qué? ¡Para que me tomaras el pelo en mis narices!

—¿Ya lo pensaste bien?

—Sí...

—¿Sabes? Este juego ya me está cansando.

—No es un juego.

—Entonces quédate y enfrenta las cosas como los hombres; no nada más te largues como si nada.

—¿Y qué quieres que haga? De plano no tienes remedio.

—Está bien, pero si te vas, ni creas que te voy a buscar.

—Ni yo tampoco.

Ni siquiera había transcurrido una hora, cuando ya estaba tomando una pastilla de Clonazepam para acallar esa voz que insiste en torturarme.

“Si cooperaras conmigo y reconocieras aquello que sentiste, todo esto no estaría sucediendo. Pero nunca me haces caso; en cambio, a tus amigos de ese taller de literatura en el que te sientes tan feliz, a pesar de que sabes que es el oficio más inútil...”

Marzo de 2006

—¿Y cómo siguen las cosas con tu esposo? —pregunta mi psicoanalista varias semanas después.

—Caso perdido, nomás no podemos. Es muy fácil hablar de relaciones de dependencia, lo difícil es estar en una de ellas.

“Ni contigo, ni sin ti”, pienso en la canción, fiel reflejo de lo que vivimos.

—¿Aún lo golpeas?

—Sí.

—¿Y qué te dice él?

—Que apenas y siente, dice que no le duele: sólo son caricias un poco más fuertes.

—¿Y tú qué crees? —pregunta el psicoanalista.

¡Uta madre! ¿Es una terapia en la que el hombre me va a ayudar a encontrarme, o es una sesión de preguntas al puro estilo de los judiciales? Creo que me está acusando e intenta extraer de mí la confesión con la que firmaré mi culpabilidad.

—Cada que se va de la casa, de nuevo caigo en esa depresión. Hasta le llamo a su trabajo y cedo a sus peticiones. Dejo de ir a mi taller de poesía y me encierro de nuevo en casa.

—¿Y cómo te sientes con eso?

¡Bien lo sabía yo!, nada más faltan los tehuacanazos y seguro que confieso, por mea culpa.

—También está esa dualidad de él: fueron varias veces las que mi esposo me sugirió que contactáramos a un hombre para un trío, pero tuve mala suerte. Siempre me tocaban hombres que se arrepentían —digo para distraer su atención.

—A mí no me engañas, estamos hablando de ti y de tu relación con tu esposo, claro está; pero lo más importante es que reconozcas lo que sucede dentro de ti.

Está bien: yo, señor, confieso ante ti que he pecado... Y mis neuronas hacen corto circuito cuando preguntan: "Ya en serio, ¿disfrutaste con Andrés?"

—Fueron años en que Gustavo insistió, doctor. En ese tiempo no pasaba por mi cabeza la idea de ser infiel, pero para él llegó a ser una obsesión. ¡Hasta dejó de tocarme, y de tener sexo ni hablar! Si me movía, porque parecía piruja, y si no me movía, parecía muerta. Y yo sólo lloraba al ver a mi esposo roncar plácidamente en nuestra cama después de tener el clásico rapidín.

—¿Y qué pasaba después?

—A la mañana siguiente, o en la misma madrugada, me pedía perdón y decía que si algún día me llegara a embarazar, por él no habría problema, hasta lo reconocería como hijo suyo.

—¿Y qué le respondías?

—Al principio, nada, sólo lloraba. Entonces él se arrodillaba y me decía que era un hombre decadente y que buscara quien me hiciera el favor.

—¿Cuántos años tiene tu esposo, Andrea? —pregunta una de mis compañeras.

—Cuarenta, ¿por?

—No la distraigas, Adela. ¿Y qué hacías tú?

—Le decía que no jugara con esas cosas, que en una de esas se podría hacer realidad.

—¿Y por qué cruzas los dedos, Andrea?

—No, doctor, ¿cómo cree? Yo no sería capaz —hasta me dolieron los canijos—. Na'más, no me di cuenta... je, je.

"Pero ya, sé sincera conmigo, al fin nadie lo va a saber: ¿sí disfrutaste, verdad?"

17 de abril de 2006

Miro a través de mi ventana a la hermosa mujer que quita las cortinas de un jalón, arrastra los muebles y los saca del departamento. Dos hombres y una mujer la ayudan.

¡Y nos abandona! ¿Qué pensará Rodrigo cuando regrese?

Apenas ayer, mi esposo y yo hicimos el amor en nuestra habitación con las ventanas abiertas y las cortinas corridas. Mi vecino estuvo observándonos. Pasada la media noche, me asomé de nuevo y aún estaba ahí. Le marqué al celular.

—Hola, ¿no puedes dormir?

—No, me dejaron bien caliente. ¿Por qué hiciste eso? —dijo Rodrigo, asomándose a la ventana.

—¿No te gustó?

—Sí, pero ni te cabía en la boca.

—¿Qué cosa? —pregunté para ponerle más emoción al asunto.

—Pues su pitote.

—¡Grosero!

—Es la verdad. ¿Oye?

—Oigo.

—¿Te atreverías a hacerme lo mismo?

—¿Cuándo?

—Ahorita.

—¿Y tu esposa?

—No está.

—¿Y eso?

—Nos peleamos.

—¿Ya se dio cuenta, verdad?

—Sí, pero no importa, mañana se le pasa.

—¿Te espero, entonces?

—¡Val!, nada más espérame un segundo.

Decepción. No se le levantó el asunto. Dijo que estaba muy nervioso. Y que lo nuestro era sólo una aventura.

“¿En dónde habré oído eso antes?”, pensé mientras el pobre intenta en vano levantar su ánimo.

—Ya lo sabes, sólo un palo de vez en cuando.

—¿Por qué? ¿Acaso no me quieres? —le dije mañosamente.

—Tú sabes que tengo una familia y un patrimonio que cuidar.

Entonces pellizqué fuertemente una de mis piernas, sin que él se diera cuenta.

—¿Y ahora?, ¿por qué lloras?

—Yo nunca había estado (por mi voluntad) con un hombre que no fuera mi esposo, y tú te estás portando como un patán —le dije al pobre para salvar su hombría.

—Perdón, mejor vístete. Luego te hablo.

—No, lo mejor es que te dediques a tu familia y yo a la mía.

—Como quieras. Cierra la puerta cuando salgas.

18 de abril de 2006

Me doy cuenta de que regresó mi vecino porque colocó varias sábanas a manera de cortinas en sus ventanas. Miro su rostro de estupor al contemplar su departamento casi vacío.

Para consolarlo, corro mis cortinas y desabrocho la blusa lentamente. Después sigo con la falda, como siempre me lo había pedido él. A través de mi ventana, noto que él se está masturbando, así que me desabrocho el sostén. Él me hace señas para que también desabroche mi ligero y baje mi tanga. No quería llegar a tanto, pero me convence cuando sus manos se juntan en su pecho y sus labios susurran un por favor, que yo no alcanzo a escuchar. Y como cereza que adorna un exquisito pastel, me pongo en cuatro puntos encima de la cama, dándole la espalda y moviendo mis nalgas, como si me estuviera penetrando por detrás. Eso sí, con la tanga puesta (que a veces jalaba hacia un lado), no fuera a pensar mal de mí.

Mayo de 2006

—Me percibo como la más débil del grupo, todo me hace llorar... No es fácil desnudar el alma.

—¿Y sí te es fácil desnudar tu cuerpo? —me pregunta el psicoanalista—. Porque han de saber que ella tiene un vecino. ¿Quieres contarles?

—¡Bah!, no es importante, sólo nos desnudamos en nuestras respectivas ventanas y simulamos tener sexo a distancia.

—¿Cómo no va ser importante? ¿Acaso no te das cuenta de que estás repitiendo la fantasía de tu violación con tu vecino?

¡Y otra vez la burra al trigo! No, realmente a veces es imposible dejar salir al alter ego.

Escucho a mi terapeuta hablar de la relación con mi vecino, pero para mí no existe tal. Eso de encuerarse mientras el vecino me observa, nunca me quitó las ganas de tener sexo como a mí me gusta; si acaso, rescataba mi libido en franca decadencia.

—Además, en una ocasión tuvimos la oportunidad de estar a solas y nada, al pobre hombre nomás no se le levantó el ánimo. ¡Y por la ventana muy hombre!, pero cuando nos encontramos en la calle, agacha la cabeza y finge no conocerme.

—¿Y tú cómo te sentiste con eso?

—Creo que no muy bien... ¡de puta madre, doctor! Ya se parece a mi esposo. Pero, espere, acabo de recordar que después de aquello, hace más de veinte años, empecé a coleccionar novios como quien colecciona calzones. Nunca me atreví a tener sexo con ninguno, sólo unos cuantos toqueteos, y en cuanto sentía que el tipo en cuestión estaba excitadísimo, ahí nos vemos...

—En mi pueblo les decimos calientachiles —interrumpe un compañero.

—Yo creo que en el fondo no te gusta el sexo —dice Óscar.

—No, al contrario. Lo que me pasa es que, a veces, me dan asco los fluidos corporales, sobre todo el semen. Además, siempre me tocan hombres que ni pueden.

—No, Andrea, tú los escoges así. ¿Sabes por qué siempre te fijas en hombres castrados?

Y me cae el veinte: le tengo pavor a la penetración, pero, a pesar de eso, tengo un irrefrenable deseo de atrapar la atención de los hombres.

“Por favor, una tregua, plis; deja de atormentarme con eso de Andrés y todas esas cochinadas” —le digo a mi subconsciente al salir de la terapia y silencio su voz entre nubes de tabaco.

A la mañana siguiente

“¿Por qué el más delicioso de los placeres (aparte de la pastillitas), tiene alma de destrucción?”, pienso mientras me hago el amor tan suave y lentamente que tengo tres orgasmos seguidos y recuerdo que de nuevo estoy a la caza de hombres.

Junio de 2006

A mi esposo no le parece mucho la idea. Por más que intento explicarle que sólo es para preparar el terreno del trío, el señor se enoja.

Pero yo no me rajo: voy de nuevo con Rodrigo. ¡Fiu!, sí que lo dejaron en la calle: sólo una cama, la mesa del comedor y una televisión vieja.

—¿Por qué vienes? —dice con asombro.

—Porque tú me lo pediste.

—¿Y tu esposo?

—Está en la casa.

—¿Y no se enojó?

—Un poco, pero ya me encargaré de contentarlo.

—No, ¿sabes qué?, creo que no es una buena idea.

—Entonces, ¿para qué me llamaste?

—Para pedirte que huyéramos juntos.

—¿Y tu esposa?

—No me importa, la voy a dejar.

—¿Por?

—Te amo a ti.

—¿Cómo crees? Si todos nos dimos cuenta cuando nos abandonó.

—Como haya sido, lo importante es que quiero vivir contigo. ¿Qué dices?

—Deja pensarlo.

—Mira, dame un mes para rentar el departamento y yo te busco.

Regreso a casa cabizbaja y meditabunda: tampoco pudo tener una erección, creo que lo mejor será cazar en otros lados.

Diciembre de 2006

Después de Rodrigo, siguió uno tan blandengue como él, ni siquiera recuerdo su nombre. Sólo fue una noche en que él salió huyendo de la casa de mi amiga, so pretexto de que: “Yo no hago el amor sin amor”. ¡Válgame Dios! ¡Después que me besó e intentó tocarme en el bar!

“Pues más vale que vayas aceptándolo antes de que te me conviertas en una mujer como tu madre”, me susurra al oído izquierdo el hada maldita que vive perdida en mis neuronas.

Si de obsesiones se trata, creo que me voy a graduar con mención honorífica, chingá.

Febrero de 2007

Me despierto en esta cama que me queda grande. Mis ojos hinchados buscan inútilmente entre las cobijas. Un escalofrío recorre mi cuerpo. De nuevo mi esposo se marchó a la casa paterna.

Me levanto lentamente y esculco entre los cajones. El brillo reluciente me hace suspirar. Mis manos se mueven mecánicamente y la punta del cúter está justo arriba de una de las venas de mi muñeca izquierda.

Los leves golpes en la puerta de mi recámara me traen a la realidad. Abro la puerta y mi hija me mira con temor.

—¿De nuevo te peleaste con mi papá?

—Sí, pero no te preocupes, no pasa nada, mamita.

—¡Pero otra vez se fue!

No le digo nada, sólo la abrazo. ¡Soy una pendeja! Debiera darle protección y hacerla sentir segura; en cambio lloro junto con ella.

“Ya lo ves, te lo dije. Eso te pasa por no querer aceptar que eres mala y mereces todo lo que te pasa... lero, lero.”

Finales de febrero de 2007

Me despierta el ruido que proviene del pasillo del departamento. Me enderezo rápidamente en el sillón al recordar que no le puse seguro a la puerta. Miro a Gustavo parado en el umbral.

—¿Puedo? —pregunta para enseguida dar el primer paso que lo trae de regreso a nuestro nido de amor.

Asiento con la cabeza, y él entra triunfante, como si fuera un logro sus constantes escapadas de la casa.

Más por inercia, me levanto del sillón. Si no fuera porque él me mantiene...

“¡Ole, torero! Ves, mensa, ya deja de asustar al pobre hombre, es fácil. Sólo reconoce lo que te dijo el psicoanalista”, otra vez esta metiche interrumpe mis pensamientos.

Abril de 2007

Edmundo es tan parecido a mi esposo que, a veces, nada más de mirarlo siento mis manos hervir. Realmente no pasó nada importante. Para variar, fue uno más de los que no pudieron, y yo, para no hacerlo sentir tan mal, le dije al día siguiente que le estaba agradecida por haberme respetado. Y desde entonces él

me profesa una especie de admiración, como si fuera una virgen inmaculada.

¡Ja! Si él supiera...

También empecé a coquetear con Paco, un músico trovador y bohemio; demasiado sentimental para mi gusto. Tal vez sólo me lo faje, como es mi costumbre con los pérfidos hombres, y ahí nos vemos.

"¡Ay, Dios, ya no sé qué creer! Creo que sí... ¿será posible que no me haya dado cuenta cuando yo aflojé el puerco con Andrés?"

Mayo de 2007

Tengo que hacer una pausa en el recuento de mis conquistas. Mi esposo, que ya regresó conmigo, consiguió una terapia de pareja en un hospital del gobierno.

El psicólogo nos dijo que evaluaría nuestra relación y sucedió como esperaba: salimos reprobados en casi todos los ámbitos.

—Sólo tienen dos opciones —nos dice el psicólogo—, o se separan antes de que la relación se destruya completamente y acaben odiándose o intentan reconquistarse como pareja.

—¿No hay más opciones? —pregunta con desgano mi esposo.

—Mmm, sí, hay una tercera.

—¿Cuál es? —pregunto con curiosidad.

—Que sigan viviendo juntos, pero que cada quien haga su vida por su lado. De esta manera los dos estarán cómodos.

—¿A poco se puede? —pregunta mi esposo.

—Sí, pero es necesario que lo platiquen muy bien. Sólo las parejas con cierto grado de madurez son capaces de lograr llevarse, si no como pareja, al menos como amigos, y seguir viviendo juntos.

¡Ya le cayó caca al pastel! Si ni siquiera podemos hablar como la gente decente, y el hombre nos pide que seamos amigos después de que hemos sido los mejores enemigos.

El gran silencio que hay, me hace decidirme a preguntar:

—Doctor, ¿usted tiene una especialidad en abuso sexual, verdad?

—Sí, ya se lo había comentado. También soy médico y trabajé muchos años en una agencia del ministerio público especializada en delitos sexuales.

—Yo... bueno, a mí... no entiendo qué...

Después de que me desahugué, el psicólogo empezó a hablar:

—Mira, Andrea, yo te puedo explicar qué pasó: hace algunos años yo regresaba de vacaciones. Era de noche y, justo en medio de la carretera, se atravesó corriendo una liebre. Frené lo más rápido que pude y logré esquivar al animal, pero lo que más me sorprendió fue que la liebre seguía en medio de la carretera, sin moverse. Sus ojos estaban fijos en las luces de mi auto; tuve que tocar el claxon varias veces para sacarla de su estado. Ese hecho me hizo comprender el por qué algunas mujeres parece como si consintieran el abuso sexual.

—Aún no entiendo, doctor.

En mi cerebro, las luces verdes, rojas y amarillas parpadean intermitentemente y al mismo tiempo... El corazón se contrae en espasmos... mis manos sudan...

—En la sesión pasada me dijiste que tu padre te maltrataba, que incluso enroscabas tu cuerpo para protegerte cuando él te golpeaba.

—Sí, ¿y entonces?

—Que al igual que las liebres, lo seres humanos tenemos un instinto, llamado de supervivencia, que nos hace adoptar ciertos comportamientos cuando nos sentimos en peligro. Estos pueden ser la huida, el ataque o simplemente el quedarnos en el mismo lugar para salvar nuestra vida.

—¡Igual que la liebre!

—Exacto. En apariencia, era muy fácil escapar hacia el campo, pero dentro de su cerebro ocurrieron cambios que la hicieron quedarse estática como un acto de supervivencia.

—¿Y sucedió lo mismo conmigo?

—Así es. Aunque, aparentemente, tú podías huir; también tu cerebro te remontó al peligro de tiempo atrás, cuando tu padre te maltrataba y por tu edad fuiste incapaz de defenderte, ya sea de huir o de atacar, y te quedaste en tu lugar para salvar la vida. Aunque en la realidad no existía peligro de muerte, tu comportamiento estaba condicionado, en ese momento, por las circunstancias vividas en tu niñez. Por eso lo permitiste.

Descanso... y en paz.

Salgo del limbo y entro en las tranquilas aguas de la fuente cristalina...

—¿Sabes qué? —le digo a mi esposo al salir de la terapia.

—¿Qué? ¿Te arrepientes de haberle dicho al doctor que casi me odias?

—No...

—Entonces ¿te has dado cuenta de que no puedes vivir sin mí?

—Tampoco, eso ya lo sé, menso.

—¿Entonces qué es?

—Pues que ya me di cuenta de que...

—De qué me amas con locura y...

—No...

—¿Entonces?

—¡Que yo no disfruté!

—¿Cómo? Nunca disfrutaste conmigo, ni siquiera un poquito. ¡Todo este tiempo has estado fingiendo los escasos orgasmos vividos a mi lado!

—No menso, la cosa no fue contigo.

—¿Ah no? ¿Y entonces con quién fue?

—¡Bah, olvídalo!

—¡Eso sí que no! ¡Ahora mismo me dices con quién no disfrutaste!

Válgame Dios, ahora se encela hasta del maldito violador. Y una ancha y plena sonrisa escapa de mis labios al darme cuenta

de que mi hija está a salvo de la rapacidad y perversión de los zopilotes, pues ya que no tengo un patrón que repetir, mi nena nunca va a padecer lo mismo que yo.

—¿Me vas a decir o no?

—¿Qué?

—¿Cómo qué? ¿Quién fue el maldito que no te hizo disfrutar?

—¿Y qué piensas hacer si te digo?

—¡Le parto su madre! ¡Es que ya no hay decencia, caramba...!

“¡Otro más que se titula con mención honorífica en este mundo infame de las obsesiones!”, me susurra divertida mi compañera silenciosa.

Octubre de 2007

Y la cazadora fue cazada: después de varios meses de hacerme del rogar, me decidí a permitirle llegar a algo más... que terminó en hotel y con promesa de Paco de que nos detendríamos en cuanto yo dijera que no.

Después de quitar las telarañas... de mi conciencia, dudé por un instante...

Y sí, dije que no...

¡Que no dejara de hacer lo suyo!

¡Dios, hace mucho tiempo que no sentía tanto placer! Esos besos tan suaves y ese recorrer toda mi piel con sus labios... Después del segundo round, las piernas me dolían; ya para el tercero de la tarde, tuve que huir por piernas, cerradas, ¡claro está! No fuera y me dejara como coladera.

No conseguí un orgasmo, preocupada como estaba por mis enoormes estrías. ¿Y qué decir de mis piernas flaquititas? Pero él se esmeró tanto que fingí un orgasmo para que no se sintiera mal.

Enero de 2008

Me juré que nada más sería una vez, pero es de sabias cambiar de opinión: hace unos días Paco y yo nos volvimos a encontrar.

¡No sólo conseguí uno! Mi cuerpo se estremeció varias veces en esos baños públicos, perdón, quise decir públicos...

“¿Ahí vas otra vez? ¡Tú no entiendes, caramba! Luego por qué te pasa lo que...”

—¡Cállate! Por tu culpa me pasé varios años sumergida en el limbo —le digo a mi compañera.

La gente del mercado me mira como si estuviera demente; una señora fodonga, con tubos en la cabeza y pantalones holgados, jala a su hijo hacia sus lonjas. ¿Será que ellos no platican con su voz interna?

Agosto de 2008

Han transcurrido varios años. Decido abandonar la terapia. Creo que es hora de enderezarme sobre mis raíces y caminar por mis propios pies, pero estos jijos no responden, sigo atrapada en la relación con mi esposo... sigo cediendo a sus celos.

Febrero de 2009

De nuevo, mi “adorado” esposo se marchó y caigo en la cuenta de que todo esto no es más que un vil chantaje para que, de nuevo, acceda a sus peticiones que cada vez son más exigentes.

...Y por vez primera no aparece la depresión por su abandono. Sé que él regresará y, entonces, me pedirá que me comporte “¡como toda una mujer decente!”, pero ya no permitiré que me domine de nuevo.

En unos meses acaba el primer curso de cultora de belleza y, después del segundo, creo que empezaré a forjarme como una mujer independiente... ¡Ni yo me la creí!

Principios de mayo de 2009

Y sigo cayéndome en esta maraña de espinas... Unas semanas antes de terminar el curso, mis hormonas me traicionaron de nuevo como hace cinco años.

Tengo de nuevo los síntomas: diarrea, palpitaciones, ansiedad, insomnio; parece que mi tiroides está dándome problemas.

Es de noche. Un ataque de pánico me hace rezar el padre nuestro por varias horas. En la madrugada intento convencerme de que no pasa nada, pero la sombra sigue acechando, posando sus alas invisibles en mi cuerpo.

Todo, todo lo aguanto menos este escalofrío que eriza mi piel y me cala los huesos. Miro a mi familia dormir y siento como si estuvieran muertos, y me encuentro sola en medio de las ruinas y pienso que no pasa nada, que todo está en mi cabeza, ¿o en mis hormonas?

Y el miedo... el puto miedo a no sé qué me arrincona y no me deja pensar. Quiero gritar, arrojarme por la ventana, correr hasta desfallecer, pero el fino hilo de cordura que aún conservo me hace arrinconarme contra los sillones y esperar el amanecer...

Me digo una y otra vez que tengo que ir al médico.

18 de mayo de 2009

Me suspendieron el medicamento Levotiroxina; la doctora cree que ya no lo necesito.

Y mi vida, la que intentaba tomar en mis manos por al menos un momento, de nuevo me aprisiona. Ni siquiera concluí mi escuela, aún me falta un módulo y las citas con los especialistas son cada vez más frecuentes.

Los estudios arrojan que aún me hace falta el medicamento, pero mis síntomas indican lo contrario.

Y regresa el monstruo llamado ansiedad, y miro las caras de los médicos: no se explican qué está pasando en mi cuerpo.

Hablan de problemas del corazón, de presión arterial alta producto de este hipotiroidismo; han descartado el cáncer. Mi cuerpo se resiente y mi ánimo está al borde de un colapso.

Y a veces me pregunto el clásico: ¿por qué a mí? Ya lloré en mis noches de desvelo, le recé a un Dios que quizá no exista; también lo maldije.

¡Con qué gusto me tomaría las dos cajas de Tiroxina!, si no fuera por mi hija...

29 de mayo de 2009

Ayer vino una amiga a visitarme. Uno de sus hijos estuvo a punto de morir y ella me dice que la vida y la muerte a veces uno la decide. Que no tengo por qué seguir aguantando esta puta ansiedad y que me haga un plan de muerte.

—Sólo piensa hasta cuándo quieres vivir por tu hija.

Yo le digo que me gustaría verla terminar su carrera. Ella dice que está bien, pero llegado el momento, tengo que saber hacer las cosas para no fallar.

Por la noche, de nuevo empecé a llorar, en silencio, para no molestar a nadie. La furia me sale del cuerpo y pienso que tal vez por mi hija me daría unos años de vida... ¿Y por mí?, ¿cuántos años me daría a mí?

Y me digo que es hora de hacer una pausa en mi vida y dejar de coquetear con cuanto hombre se me antoje. Tengo que encontrarme, hacer de cuenta que es una oportunidad para resarcirme.

¡Otra vez!... y las que sean necesarias.

Me doy cuenta de que el terapeuta tenía razón: entre tantos hombres sólo buscaba llenar el vacío de mi interior y reafirmarme como heterosexual. A cambio, estaba dispuesta a entregar mi cuerpo.

No me arrepiento de lo que hice. Al contrario, quisiera dejar de culparme hasta por el aleteo de las moscas.

Septiembre de 2009

Mi esposo y yo discutimos en medio de la avenida. Todos los transeúntes nos miran con morbo, pero yo, de que me emputo, ¡me emputo! Y no hay poder humano que me apacigüe.

Al llegar a casa, el fuerte dolor en mi estómago me dice que nuevamente la gastritis y todas las itis que me han detectado me están causando problemas.

—¡Qué poca madre! —grito y pataleo como niña berrinchuda.

—Perdón, Andre, me ganó la miseria. Pero si tú quieres, aún podemos ir por el escáner para que imprimas tu cuento y lo mandes a concurso.

—No, ya no quiero nada. ¡Métetelo por...!

Si de jodernos mutuamente se trata, no hay quien nos gane. Yo aún tengo un as bajo la manga. Lo miro inocentemente y suelto mi veneno:

—Perdón, este enojo no es nada más por lo del escáner, yo...

Mi corazón se regocijó con la estocada final. Al principio me miró asombrado, pero rato después ya tenía al pobre hombre inundado de rabia y celos.

—¡Un amante...! ¿Desde cuándo?

—No recuerdo —digo tranquilamente.

—¿Cómo te atreviste? Faltaste a tu promesa de serme fiel. Cuando nos casamos... la ley dice que deberías haberme sido fiel.

—También dice uno de los derechos es tener relaciones y tú también fallaste —le digo, limándome las uñas.

—¡Soy un idiota! ¡Y tanto que te cuido! ¿Cómo no me di cuenta? ¡Y tú ni siquiera te arrepientes!

—La neta, ya me cansé de discutir siempre por las mismas pen-dejadas, pero si no te parece, la puerta es muy ancha.

—¿Me estás corriendo? Acuérdate de que fuiste tú la que falló.

—Ah, pues tú nada más me dices y me voy.

—¿Ah, sí?, ¿y adónde piensas irte, si no tienes nada?

—No faltará, no faltará —le digo para azuzar aún más sus celos.

—¡No te creí capaz!

Y les cae el veinte llano y conciso a mis neuronas inconexas: “Ya no te sigas lastimando, manda todo a la chingada y libérate. Tienes cuarenta años, ya estuvo bien de tantas pendejadas”, dice esa vocecita que pugna por salir.

—Y bájale a tu ritmo, papacito. ¿Acaso no te has cansado de tanto pelear? Tú nada más dime: ¿te sales tú o me salgo yo? Pero sin desmadres, ya estoy hasta la madre de tanto pelear. Pobre de nuestra hija, ha de estar toda traumada de tanto desmadre que hemos hecho.

—Pero yo no...

—Escúchame: el departamento y el dinero son tuyos, la hija es de los dos, pero mi puerco, perdón: mi cuerpo es mío.

Es lo único que me pertenece, a pesar de que está enfermo... ¡Ya me encargaré de procurarlo! Y tal vez algún día vuelva a su estado de bienestar sin necesidad de enfrascarme en tantas relaciones que me dejan mal sabor de boca (en sentido figurado, ¡y literal también!).

2 de octubre de 2009

Mi esposo colgó la toalla de manos en el marco de la ventana. Un rato después el viento la había derribado y alguien se la llevó.

Y de nuevo surgió esa ira, ese hormigueo en las manos. Empezamos a discutir tan fuerte como casi todos los fines de semana; me encerré en nuestra habitación.

Bien me di cuenta de lo absurdo de mi posición, pero es este coraje, este veneno que no desaparece.

Una hora después, llegó con un pedazo de tela afelpada.

—¡Pero no es igual a la que yo tenía! ¡La que perdiste sí secaba bien! ¿Qué no entiendes que hay que ponerle una pinza para que no se caiga?

—No, perdón... yo te prometo comprarte otra.

Me salgo del departamento con el pretexto de sacar a mi perrita a pasear. Busco por entre los matorrales, pero la toalla no aparece. Una angustia se apodera de mí, empiezo a llorar con tanta angustia que las palpitaciones apenas me dejan respirar.

Diez minutos más tarde mi esposo esta frente a mí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanto enojo? ¿Dime qué es todo esto?

Comienzo a reprocharle hasta por lo que no ha hecho —¡qué raro!—, y de momento me detengo, mis brazos lo estrechan.

Y por primera vez puedo comprender: mi esposo tiene el mismo carácter que mi madre: frío, seguro, narcisista. La toalla que el dejó al descuido sobre la ventana representó en esos momentos mi inocencia extraviada. Y yo fui la niña vendida para salvar a su hermana...

Lloro y lo abrazo, le pido perdón y le explico lo que me acaba de revelar mi subconsciente: en nuestra relación él siempre juega —para mí— el papel de madre, y aún a mis cuarenta años sigo siendo la niña que espera que la madre le devuelva lo que perdió...

No me alcanzan las palabras para pedir un perdón que no sé si sea tarde, por todos estos años en que he vivido en una fantasía donde mi esposo me tiene que resarcir el daño que me causé yo misma con mi silencio.

Pienso hablar con mi madre, pero hace años lo intenté, a sugerencia de un psiquiatra, y nada. Ella dijo que no sabía nada y que, en todo caso, el que hizo el acuerdo fue mi padre, que murió hace dieciocho años. Y ahora ella ya es una persona muy enferma y no me atrevo.

Sólo me atrevo a escribir esta historia, y a pensar que es una manera de denunciar lo que no me atreví hace muchos años para proteger a mis hermanas. Una voz que intenta liberarse de ese pasado inútil.

Quiero dejar de lacerarme el alma, y correr plena por la vida en busca de eso que llaman madurez. Y me gustaría que ninguna mujer se adentre en el infierno de cargar con culpas que no le

corresponden, que sólo logramos liberar cuando alzamos la voz, denunciando o escribiendo.

Ahora sé que existen lugares donde pueden acudir las víctimas de abuso sexual, les dan cobijo para que no se queden a emponzoñarse con el veneno de unos padres miserables e ignorantes.

Hoy, por la noche, le voy a rezar a mi dios personal, como dice una canción, el que siempre ha vivido en mi corazón, para que juntos podamos extraer hasta la última gota de veneno y pueda apreciar a mi esposo como el hombre que me ama —no como la madre que me quedó a deber el amor y el respeto—, y que está conmigo a pesar de tanto desmadre que he hecho con nuestras vidas.

A mi hija quiero decirle que también existen las relaciones sanas y las terapias que nos ayudan a parchar... las llagas purulentas con que los padres laceran nuestra espalda, so pretexto de educarnos como es debido, en una cadena de eslabones infinitos.

Perdón a todos los que he lastimado, a esos novios que a veces se enamoraban de mí y a los que yo, convertida en la imagen de mi padre, los lastimaba en donde más les dolía.

Perdón, madre, por no querer entender que el error de esa huérfana fue haberse casado con un hombre alcohólico y misógino que nos dio una vida de infierno. Y que murió tan contento en su cama, cuidado por su esposa y sus hijas que trabajaban para que nada le faltara al pobrecito hombre.

De mi padre, prefiero guardarme el comentario... ya he escrito muchas groserías.

15 de octubre de 2009

A veces, la depresión que creí enterrada después de la terapia con el psicoanalista se acerca con sus lenguas de fuego helado. Sé que tengo que hacer algo para no dejarme caer en el pozo; como ayer que tuve que salirme de casa un buen rato para no desquitar

la rabia que siento con mi esposo. Llegué al deportivo que está a unas cuadras de mi casa y vi el anuncio: "Clase de yoga gratis los sábados y domingos, de 9:30 a 10:30 a.m."

Los alumnos se veían tan tranquilos cuando salieron de su clase que me entró curiosidad, tal vez decida ir, cuando me sienta un poco mejor.

16 de octubre de 2009

Miro a mi esposo y a mi hija, tan sanos que mi corazón palpita con furia. Los envidio y me siento muy frustrada, pero ya soy capaz de entender que no es su culpa; al contrario, ellos estuvieron a mi lado cuando el cansancio en el cuerpo y el empujamiento en el alma no me dejaban levantarme de la cama.

¡Ellos son mi familia! ¡La que yo siempre quise tener!

Ya no tengo quince años y he dejado de lastimar mi cuerpo.

¡Dios mío! ¿Hasta cuándo, jodidos, voy a obtener un poco de paz?

"¡Hasta que tú te decidas!", me dice mi amiga-enemiga.

18 de octubre de 2009

Miro en el hospital a las personas sin manos, a las que están en diálisis, a las que tienen cáncer, a los enfermos del corazón, y mi ene-amiga interna me dice que no es para tanto: "Mira, Andrea, vamos a hacer un recuento de tus bienes: tienes a este hombre que no es perfecto, al igual que tú-yo, y a todas las personas de tu alrededor; tienes un motor de dieciséis años que te da la fuerza para seguir y tienes cuarenta años. ¡Ya bájale!, ¿no? Levanta tu trasero de la cama y ponte a caminar, siquiera para no hacer hoyo".

También retomé mi taller de literatura, el que había abandonado hace un año para intentar ser una mujer útil. Empecé a depurar

mis cuentos, a escribir poemas, y tal vez algún día los mande a concurso para que oigan esta voz, ¡y para librarme un poco más de las ampollas en mi espalda!

De nuevo mis ojos se derraman cuando el especialista dice, con estudios en mano, que tal vez todo me lo invento... y me desespero todas las noches.

Y por las mañanas, cuando siento el rápido palpar de mi corazón y tengo que correr antes de que me gane la diarrea, miro mi rostro pálido al salir del baño y me digo que tengo que tener paciencia, ya que los especialistas aún no consiguen restablecer mis niveles hormonales luego de que la subdirectora del Hospital General de Zona me suspendiera abruptamente el medicamento que necesitaré de por vida.

11 de diciembre de 2009

Hoy cumpla diecisiete años de casada. Mi esposo trae un regalo inesperado: un gran arreglo de rosas rojas. Por la noche no hacemos el amor. Hace tanto tiempo de esto, que ya tengo telaraña sobre telaraña en el asunto.

Es el primer año que no me deprimó por esta época, ahora sé que esta enfermedad es como las adicciones: nunca se alivia del todo. Al contrario, hay que andarse con pies de gato para no azuzar a la bestia que está arrinconada por el látigo de la conciencia, en la jaula sin candado.

Pero tengo un arma más para no dejarme caer en la depresión: hace poco más de un mes que empecé a tomar clases de yoga. Al principio creí que sólo era estirar el cuerpo, pero ahora se ha convertido en una sana adicción, ya ni siquiera tengo que tomar la pastilla para dormir; también es bueno para la ansiedad, el estrés, la ansiedad, la presión alta, la ansiedad...

¿Mencioné la ansiedad? Creo que sí.

Y hasta estoy bajando de peso casi sin esfuerzo.

Aún siento la furia de las hormigas metiéndose entre las venas de mis manos, pero las clases que tomo me relajan tanto como si hubiera tenido una noche entera de orgasmos con el mejor de los amantes; ellas me están ayudando a frenar un poquito este deseo feroz por tener relaciones sexuales cada vez que me siento angustiada.

Creo que ya sé a dónde voy a enfocar mis obsesiones.

15 de diciembre de 2009

Miro mis muñecas, donde las cicatrices se han borrado y mi enemiga me insulta —creo—, por última vez: “¡Qué pendeja has sido todos estos años! A ver si aprendes a disfrutar como es debido... Es tan simple: sólo observa detenidamente, con ambos ojos a tu alrededor y encontrarás tu destino”.

P.D.: Lo que no sabe la pobre es que mi ojo izquierdo tiene una retinopatía que nos provoca esta vista doble y borrosa, especialmente en las noches en que la luna está en celo creciente.

Resurjo en fuente salitrosa
conservo la tersura de mi vulva
ya no espero al desleal
que me unja con su semen
y extinga mi orfandad.